Librería DigitalCCS | Colección 2023

CIUDADCCS [La verdad está aquí]

Alcaldía de Caracas

Caracas en Alta

NATHALI GÓMEZ

Caracas en alta
© Fundación para la Comunicación Popular CCS
© Nathali Gómez

A/J Carmen Meléndez
Alcaldesa de Caracas

V/A María Elisa Domínguez
Secretaria para la Cultura, el Deporte y la Recreación

Jeycelith Jiménez
Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín
Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Coordinación General
Francis Zambrano Espinoza

Edición al cuidado de
Niedlinger Briceño Perdomo

Diseño y diagramación
María Isabel Guerrero

Corrección
Angelimar Castro

ISBN: 978-980-7719-14-8
Depósito legal: DC2023000983

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático.sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes,

Caracas en Alta

Nathali Gómez

Caracas, Venezuela
Agosto 2023



BIOGRAFÍA



Nathali Gómez. Periodista caraqueña, con profunda raíz colombiana. Escribe sobre la ciudad porque se concibe como parte de ella. Tiene predilección por las historias mínimas, los atardeceres y las conversaciones inesperadas. Es autora del Libro de los Minimanuales, publicado por la Fundación para la Comunicación Popular de Caracas.

Ha participado en varias compilaciones de crónicas. Obtuvo menciones especiales en las ediciones del Premio Nacional de Periodismo de 2015 y 2017, así como en el Premio Municipal Aquiles Nazoa, en 2016. Además, recibió una mención honorífica del Premio del Cuento de la Policlínica Metropolitana (2005) y otra en el V Concurso Nacional de Cuentos Sacven. Actualmente, es redactora del medio ruso en español Actualidad RT y es autora de la columna de humor El rumor de las bolas, en la revista Épale CCS.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible si Amparo, mi mamá, no hubiera decidido cambiar el Valle del Aburrá, en Medellín, Colombia, por el de Caracas, hace más de cuarenta años, cuando conoció a mi papá, un cronista de vocación. Ella cultivó en mí el amor por la ciudad y la mirada de asombro de quien la recorre por primera vez.

Mis otros agradecimientos son para el equipo de la Fundación para la Comunicación Popular CCS, que hizo posible esta publicación. También quiero expresar mi inmensa gratitud a Mercedes Chacín, presidenta de la Fundación, quien me animó a emprender este viaje; a mi editora, Niedlinger Briceño, directora de la revista *Épale CCS*, quien me brindó la confianza y las palabras de aliento para continuar con este proyecto; y a Rosa Pellegrino, que inmediatamente aceptó hacer el prólogo de este libro, cuando se lo propuse en medio de la premura.

PRESENTACIÓN

Caracas en Alta es una columna semanal publicada en el espacio de opinión Voces del diario *Ciudad CCS*. Estos escritos, que la autora considera más cercanos a la crónica, surgieron entre 2020 y 2021 como un intento de contar lo que ocurría en la ciudad en el contexto del encierro y la paralización global que significó la pandemia.

Si bien, la mayoría de los textos hablan de los cambios y adaptaciones de los caraqueños a esta "nueva normalidad", donde se hicieron cotidianos los términos covid-19, cuarentena, distanciamiento social y tapabocas, también son un intento experimental de mirar y pensar la ciudad desde la quietud de esos días.
En esta columna, donde la autora utiliza recursos del relato corto, se narran historias pequeñas que transcurren en cualquier esquina caraqueña y que suelen tener una forma elíptica. Estos escritos son un modesto e incompleto inventario de las cosas que permanecen, las que están desapareciendo y las que habitan la memoria.

En esta edición se incluyeron, además, algunas crónicas inéditas postpandémicas que hablan de esta ciudad con la que nos hemos reencontrado en los últimos meses, y que no se parece ni a la pandémica ni a la de antes del coronavirus, en 2019.

Los personajes y lugares que desfilan por estas páginas son tan cotidianos y comunes que posiblemente se hayan topado con alguno de ellos en la calle, en una urbanización, en un barrio o en una parroquia.

Caracas en Alta es una invitación para vivir la ciudad, más que habitarla, como una manera de apropiación territorial, de búsqueda de identidad y de reconexión con ese ornitorrinco citadino que es un caraqueño.

CONTENIDO

Prólogo / **13**

Las matas citadinas / **17**

Las dos ciudades / **20**

Las concertinas de Jesús / **23**

“Caracas no me merece” / **25**

Los nuevos sonidos de la ciudad / **28**

La otra ciudad / **30**

“Los de a pie” / **33**

Los ruidos de mi calle / **36**

Candilito / **38**

Canelo, Amarillo y Ramón / **41**

“Truequear” / **44**

La Urdaneta / **47**

La ciudad no te habla / **50**

La “hora pico” / **52**

La misa pandémica / **55**

La vergüenza / **58**

¿Una Caracas bonita? / **61**

La vida de quienes no están vivos / **63**

Solidaridad vecinal / **66**

Rituales pandémicos / **68**

Motos en tres tiempos / **71**

Cantar / **73**

Remar las estrellas / **76**

Dos escenas de amor en Caracas / **78**

La columna / **81**

Siempre seré / **83**

El arbusto solitario / **85**

La lluvia / **87**

Caracas la oscura / **90**

Reunión de condominio y Tuiter / **93**

Las ventanas / **95**

El ejercicio de ser un anónimo / **97**

Mujeres en alta / **99**

Caminar por Caracas / **102**

Hacer una pausa / **105**

“Yo vine para regresar” / **107**

El autobús / **110**

Caracas-La Guaira / **112**

Otra Caracas de Bolívar / **115**

Cota Mil / **118**

Otro artículo sobre los huecos en Caracas / **120**

Caracas, de sur a norte / **122**

La plaza de los Museos / **124**

La mejor paella / **126**

Sentarse / **129**

Pérez Bonalde en moto / **131**

Desde un piso 21 / **135**

La cara del bombero / **137**

Maniquíes / **140**

El señor de los árboles / **143**

PRÓLOGO

A manera de prólogo:
Un mapa afectivo para habitar nuestros propios linderos

En nuestro imaginario, Caracas no es una ciudad. Descubrir cuántos significados tiene es una tarea titánica, tanto como saber cuántas emociones nos produce este territorio. Quienes habitamos fuera de este espacio, la vemos como una meta. "Voy a Caracas", "me toca viajar a la capital", "voy a ver a mis primos caraqueños", no son frases sueltas: son la antesala de un viaje que nos traslada al bullicio, al concreto y al "Actívate, ponte pilas" que marca el apresurado ritmo de este punto al centro-norte de Venezuela.

Otros ven a la ciudad con los ojos del científico. En el caos urbano, que va de Macarao a Petare, se encuentra un apetecible objeto de estudio en términos urbanísticos, sociales y de ingeniería. Visto así, uno podría pensar que ese territorio quedaría reducido a números, experimentos y mapas poco entendibles para la gente común. Pero el dato duro no vale nada sin el contexto, ese que construyen quienes habitan este espacio.

Es en el corazón de sus dinámicas donde descubrimos el rostro más cercano y real de la ciudad. La relación con el transporte ur-

bano, las plazas, las tiendas, las historias a medio contar y los enigmas cotidianos nos muestran otra visión del territorio que habitamos. En esa sinergia colectiva, que muy pocas veces analizamos, nacen nuevas formas de entendernos con nuestro entorno y conectarnos con el otro.

Ese vínculo, que puede construirse en primera persona, es identidad y complicidad por igual. Es rebeldía frente a las formas clásicas de entender lo urbano, responsables de imponernos expectativas en lugar de ayudarnos a comprender dónde vivimos. Es también una reivindicación de nuestra condición de habitantes: nosotros también tenemos muchos qué contar. En ese camino se orienta *Caracas en Alta,* de Nathali Gómez, quien ha recorrido esta ciudad de todas las formas posibles, para tejer con palabras ese sentido de pertenencia.

Esta recopilación de crónicas, publicadas originalmente en *Ciudad CCS*, es una invitación a (re)conectarnos con esa ciudad que vivimos o padecemos -según quién lo mire- sin la extrañeza del foráneo ni la rigidez del científico. De estas páginas salta un término que bien puede definir todo el libro: es un mapa afectivo de Caracas, delimitado por lo cotidiano, lo novedoso, lo caótico, lo divertido y lo sublime.

En ese mapa no puede faltar la relación con lo más cercano a un caraqueño: su parroquia. Si hay una ciudad donde eso vale tanto, es aquí, *En Caracas en Alta,* La Candelaria ocupa un lugar especial, no porque sea capricho de la autora o sea simple azar, sino porque a partir de ella se retratan situaciones poco exploradas. Siempre nos queda algo por conocer de nuestro entorno, como se cuenta en *La mejor paella,* una de las crónicas incluidas acá, o

se hace urgente la necesidad de recordar cómo era tiempo atrás el lugar donde vivimos.

Al evocar personas y espacios, como la conocida esquina de Candilito, esta obra nos recuerda que reconstruir el pasado, más que un ejercicio de nostalgia, es un factor clave para alimentar nuestra identidad ante el avance de maquinarias económicas. Bien lo dice Nathali Gómez: "...más que una oportunidad para la nostalgia, es una manera de hacernos cargo de la gran necesidad de contar, de escribir y de retratar nuestra historia local antes de que venga una inmobiliaria y se dé cuenta de que nuestros recuerdos quedan en un lugar que puede transformarse en un centro comercial o en una cafetería de franquicia".

Esa historia se construye al fragor de la cotidianidad. En el tránsito por vías que cobijan, con el manto del alboroto, su valor testimonial, como la avenida Urdaneta; en el andar incesante de vehículos y peatones, unidos por el caos de la "hora pico"; las sinfonías callejeras, esas a las que tanto deben los artistas consagrados su fama; en los ignorados, como el trabajador de aseo urbano que, en medio del desastre, rema las estrellas, y en el aporte de las comunidades de extranjeros que eligieron a Caracas como su tierra. Todas estas piezas están unidas finamente en este libro.
En este punto, debemos advertir algo: esta no es una obra de una caraqueña para los caraqueños. Es un testimonio de identidad venezolana: la ciudad, en muchas de las crónicas aquí compiladas, es un punto de conexión con costumbres, modos y formas de relacionarse que trascienden límites geográficos. Basta leer *Las matas citadinas* para identificar a las abuelas de cualquier parte de Venezuela que van detrás de la planta que hace falta en sus materos, o

revisar *Solidaridad vecinal* para identificar a aquellos que, en medio del caos, nos ayudan sin conocernos.

Con *Caracas en Alta* confirmamos que, efectivamente, la ciudad es un estado de ánimo. Pero también es un desafío que nos invita a merecerla, a habitarla como quien reconoce su identidad en cada acera, cada árbol ignorado, en cada esquina, en cada transeúnte. En definitiva, como dice la autora de este libro, es una invitación a honrar y avivar nuestras raíces: "Hay que evitar, sobre todas las cosas, convertirnos en unos extranjeros en nuestros propios linderos".

Rosa Pellegrino

Publicado el 06/07/20

Las matas citadinas

Una parte de quienes vivimos en apartamentos hemos acostumbrado la mirada a muros, ventanas y al vacío. Nos resulta familiar escuchar ruidos sin rostro: el televisor del vecino, el llanto de un bebé, la música de la casa de la esquina, el grito de un vendedor de: "Tres medias por un dólar", o las motos que trazan líneas imaginarias en la calle. La naturaleza, en su estado más puro, nos ha sido arrebatada, aunque aún no entendamos muy bien qué significa esa separación.

Ese divorcio que, alguien firmó por ti, te alejó tanto de tu semilla que desconfías cuando alguien te recomienda tomar un té de ramas para atender alguna dolencia, y piensas que es de gente atrasada germinar unas caraotas en el balcón.

No es tu culpa, pero es un distanciamiento que puede ser rever-

sible, sin que esta columna sea una invitación a que lo dejes todo y te vayas al campo. En esa cotidianidad de concreto y de metros cuadrados, los niños no entienden muy bien el énfasis que hacen los adultos en la tarea de echarle agua a las matas: esos seres vivos silenciosos que comparten el espacio con ellos. Tampoco comprenden del todo por qué las abuelas son cazadoras de plantas por cualquier lugar, bien sea alargándose trabajosamente hasta la rama de un árbol en una acera, buscando que la mano del nieto quepa por el espacio de la reja de un jardín ajeno, o hurgando en la matera de una plaza.

La relación infantil con esa naturaleza limitada que permite la ciudad, es parecida a la que se tiene con los padres. Hay una entrega total dirigida a ti: las cayenas son para adornar tu cabello, la mata de mango deja que le caigas a pedradas para darte sus frutos y la grama es un buen lugar para hacer la vuelta canela. Simplemente está ahí, sin mayor explicación.

En la adolescencia, te pones la bata blanca en el laboratorio de Biología, conoces el proceso de fotosíntesis y tratas de imaginar cómo las plantas expulsan el oxígeno sin que te des cuenta. Al parecer, son mucho más complejas de lo que habías pensado, pero hay tantos descubrimientos y sensaciones desconocidas que tal vez no te detengas mucho en ellas.

Ya en la adultez, si naciste en una ciudad donde los árboles están confinados en los pequeños cuadrados que les permite la acera y donde los vegetales sólo se consiguen en los mercados, te podría impresionar volver a ser esa mano que hace miles de años lanzó restos de alimentos a la tierra, para deshacerse de ellos, y que con el

tiempo vio cómo iban surgiendo de la nada unos pequeños brotes verdes. En esta etapa, bien sea por la crisis, por la necesidad de ver el lento crecimiento de algo, por curiosidad o por inventar ocupaciones, podrías dejar de percibir a las matas citadinas como unas extrañas que se empeñan en brotar donde nadie lo haría y ver en tu ventana una reproducción a escala del universo en movimiento.

Publicado el 13/07/20

Las dos ciudades

¿Qué señales te da Caracas cuando buscas las pistas que dejó alguien que anduvo por ella y que no está?, ¿qué te cuenta al oído?, ¿tomas el camino más rápido o das vueltas sin sentido para "encontrar" algo que esa persona pudo haber hallado?, ¿cómo unes esos dos tiempos?, ¿buscas una cara conocida sabiendo que no estará ahí?, ¿vas a un sitio por el que te imaginas que pasó años atrás?, ¿ves fotos para encontrar diferencias y semejanzas?, ¿qué haces para habitar esas dos ciudades? Estas preguntas son más bien respuestas, porque todo eso lo has hecho. Has sido médium y tus ojos han sido el canal para que el otro vea.

La ciudad conversa contigo, la incluyes en un diálogo donde recreas esa otra voz ausente. Hablan y ven el tapiz de peluche fucsia de la camionetica, los árboles de San Bernardino, el hueco en la esquina. Se comen un helado en la plaza Candelaria y, al finalizar la tarde, miran El Ávila, que lo sabe todo de nosotros.

Sigues por un camino trazado por los que te precedieron, sin que lo sepas. Crees que estás descubriendo nuevas cosas, como si al cerrar los ojos cada noche, la ciudad se reinventara para sorprenderte. Tratas de componer un mapa afectivo de Caracas que va más allá de sus esquinas, de sus relieves, de su luz, de sus barrios, de sus zonas inaccesiblemente bellas, de esos lugares a los que nunca irás porque aún no conoces. Esa también es una forma de recorrerla.

No siempre es un trayecto de calles completas cubiertas por un manto de flores de apamates. Tu incesante búsqueda también te lleva a las esquinas más oscuras, a las que temes, a las poco transitadas. Te detienes y cierras tus ojos de médium para que tu mirada compartida no escape de esta parcela de ciudad que, por mucho que trates de evitar, existe y te recuerda que también eres parte de ella. Buscas más.

Te rondan las descripciones de esas ciudades inventadas que Italo Calvino pone en palabras de Marco Polo en Las ciudades invisibles, y sabes que te sirven para explicar más minuciosamente aquello que te da vueltas en la cabeza, pero que aún no escribes sobre Caracas. “Esta ciudad que no se borra de la mente es como un armazón o una retícula en cuyas casillas cada uno puede disponer las cosas que quiere recordar (...) Entre cada noción y cada punto del itinerario podrá establecer un nexo de afinidad o de contraste que sirva de llamada instantánea a la memoria”. Ahí, en la memoria, puede estar otra respuesta a la pregunta, ¿qué haces para habitar esas dos ciudades?

La imagen que aparece es justamente la de una acera en ese pedazo fronterizo, sin un nombre muy claro, que une a la avenida Urda-

neta con la Andrés Bello. Allí, como en tantos lugares, hay un árbol cuyas raíces se sumergen en lo más profundo, para obtener agua y nutrientes y, al mismo tiempo, irrumpen en el pavimento para recordar que existen. Así es habitar estas dos o más Caracas: saber que la raíz está ahí, en lo más recóndito y en lo más superficial.

Publicado el 20/07/20

Las concertinas de Jesús

Desde pequeños, cuando empezamos a salir del mundo ágrafo, nos topamos con las puertas —que conducen a diferentes destinos— de las palabras polisémicas. Nos sorprende que un mono sea ese animal gracioso que hemos visto en el parque del Este y que también sea el pantalón deportivo que usamos en educación física. No nos explican muy bien la razón, sólo nos dicen que, aunque se escriben igual, tienen significados diferentes.

La misma sensación de "gran descubrimiento" la tuve al buscar la palabra "concertina". La palabra que necesitaba para escribir esta columna está relacionada con un instrumento musical de lengüeta libre, muy similar al acordeón, con botones del lado derecho e izquierdo, creado por el inglés Charles Wheatstone, hace casi doscientos años. Hasta ahí todo bien. La sorpresa llegó cuando el buscador arrojó que una concertina también es ese alambre de púas con forma de resorte que hemos visto en tantas fachadas de edifi-

cios y casas. En su definición se especifica que está diseñado para causar cortes y lesiones graves a quienes intenten atravesarla. Así la polisemia hace su magia: una concertina es concebida únicamente para ser tocada y la otra hiere a quien intenta hacerlo.

La necesidad de esta búsqueda surgió después de hablar con Jesús. Mientras subía en bicicleta por la avenida Universidad, a la altura de la iglesia Sagrado Corazón de Jesús, lo encontré. Parecería un hallazgo espiritual, y de cierta manera podría serlo, pero no fue así. Este Jesús, sentado ante las puertas cerradas del templo que lleva su nombre, tocaba una concertina. Al verlo con ese instrumento poco común en Caracas, me detuve para hablarle. Tenía tapabocas, una gorra, una chaqueta de *jean* y un bolso a sus espaldas. Le pregunté por ese "acordeoncito pequeño" y me contó que lo compró años atrás, cuando vendía flautas en Sabana Grande. "Soy autodidacta", dijo varias veces, como una manera de excusarse.

Estos años ha tenido momentos difíciles, la ha pasado mal y la situación económica lo ha afectado mucho. A esta altura, pienso que en su vida ha tenido que tocar las dos concertinas. Me contó que el encierro por la cuarentena lo tenía psicológicamente afectado y que ese día había decidido salir temprano. Tenía la intención de vender el instrumento, para poder pagar el alquiler del cuarto donde vive, pero cayeron la tarde y la lluvia, por lo que se sentó a sacar algunas canciones. "Esto calma un poco, aunque no lo creas, calma un poco", dijo. Tocó algo para mí, dejó que le tomara una foto, me deseó cosas buenas y nos despedimos. Mientras pedaleaba en subida, asediada por una camionetica y pensando en Jesús, no sabía aún cuál concertina había descubierto.
Hace muchos años, en una conversación cualquiera con un grupo

Publicado el 27/07/20

“Caracas no me merece”

de amigos, un conocido hablaba de lo bien que se sentía con la ropa que había escogido la noche anterior para rumbear. Nos dijo que se miró al espejo y soltó: “Caracas no me merece”. Todos nos reímos de su performance. Más allá de las carcajadas, pensamos que era una buena frase que recogía ese reproche que siempre le hemos hecho a la ciudad, aun sin salir de ella.

Quienes hemos creído que Caracas no nos merece, le hemos atribuido una serie de características tangibles e intangibles que apuntan a convencernos de que nuestra percepción es irrebatible. En esa comparación, bastante injusta, con ese ideal de otras ciudades, la hemos puesto a participar con sus peores fichas: “ingobernable”, “caótica”, “peligrosa”, “inhumana”, “sucia”, “descuidada”, “anárquica”, “fea”, “intransitable”, “cruel”, “atrasada”. Después de agregar más y más elementos a una lista interminable, y tal vez

pensando que fuimos excesivamente duros, decimos que, a pesar de todo, “Caracas no me merece, pero igual la quiero”.

Este escrito no pretende homogeneizar la visión sobre la ciudad, cuestionar las miradas que cada uno tiene o tratar de que nos reconciliemos con ella en la semana del aniversario de su atropellada fundación. No es el tono. Tampoco la propuesta se centra en la búsqueda de ese camino casi borrado por el tiempo y que sólo conocemos por crónicas y fotos de la “Caracas de los techos rojos”, con callecitas entrañables. Es parte de nuestra historia patrimonial y sentimental, pero no siempre nos arroja las respuestas que queremos para lo que tenemos en frente.

Una primera manera de acercamiento con esa ciudad mental que hemos construido es rebotarnos la pregunta de por qué no nos merece. Las respuestas pueden no terminarse ni dejarnos satisfechos porque las razones saltan a la vista: no se pueden edulcorar los problemas concretos de Caracas. Todos queremos que sea “más habitable”, que se cumpla eso del “buen vivir”. Sin embargo, a esta altura, también es válido no tratar de concebirla únicamente como algo externo que depende de la gestión de sus autoridades y del comportamiento de los otros.

Es una parte importantísima que condiciona sus dinámicas y su orden, lo sabemos, pero no es el todo. Nuestra relación es más íntima, con menos intermediarios. Es el primer esbozo de nuestra identidad. En el paso de nuestras vidas por Caracas, hemos visto y sentido, una y otra vez, las heridas abiertas que han dejado sus entrañas a la vista.
Lentamente, y en varias épocas, se han cocinado los ataques que

hemos sufrido para hacer que desistamos y que cortemos ese vínculo fundamental que tenemos con ella, aun estando en ella. Ha sido un proceso difícil y largo que, aunque no comenzó con nosotros en este siglo, se ha radicalizado en los últimos veinte años. Empezar a desmadejar esta relación tan compleja exige ir más allá de las frases automáticas de aceptación condicionada.

Es una revisión de quiénes somos, de qué estamos dispuestos a hacer por Caracas, de cuál es nuestra búsqueda, de qué vamos a exigirles a los demás.

Es una oportunidad para pensar que nuestra visión de la ciudad también puede ser una proyección de nuestro estado de ánimo, de nuestras insatisfacciones. Es un reproche que le lanzamos y que algunas veces se nos devuelve.

Es un buen momento para detenernos a ver cómo vamos a mantener encendido el fuego del arraigo, de la pertenencia, aun con el viento en contra.

Publicado el 03/08/20

Los nuevos sonidos de la ciudad

Todos los días me despierta el canto de un gallo. Le sigue un coro desacompasado de pájaros salpicado por la estridencia de alguna guacamaya. Por segundos me pierdo en un lugar lejano y desconocido que no es mi cuarto, que queda en la parte posterior de un edificio cualquiera en una ruidosa y transitada esquina del centro caraqueño.

Para alguien que vive en el centro de Caracas estos sonidos son extraordinarios. Apenas tenemos árboles, que están relegados a una acera y parecen regañados. Nuestro concepto más aproximado de una "zona verde" es la matera de una plaza o un fragmento de grama no muy extenso.

En un momento nos convencieron de que esto era tener una ciudad. Nos enorgullecía el concreto, el tránsito, las avenidas, las vi-

trinas y esa sensación de eterno movimiento que nos integraba plenamente al mundo civilizado. Pero, ¿qué pasa ahora?, ¿qué es diferente? Podría decir que todo y que nada. Lo primero porque esa misma ciudad sigue ahí: de la noche a la mañana no han brotado árboles en las calles, ni verdor en las esquinas. No me he encontrado el primer venado en la avenida Urdaneta. Lo segundo es que el coronavirus cambió totalmente la dinámica y nuestras prioridades como animales citadinos.

Sin haberlo pedido, aminoramos el ritmo y nos vimos caminando por una ciudad que funciona a medias. Una suerte de domingo en función continuada. No sabría decir por qué ahora me despierta el trino de los pájaros y no el tanque de la poceta llenándose cuando llega el agua. No creo que sea porque la pandemia nos haya hecho mejores personas y las aves estén al tanto. Pienso más bien que en medio de nuestras limitaciones y preocupaciones, nos hemos acercado a otra urbe que no percibíamos porque estábamos muy ocupados transitando otra.

Como dijo el escritor mexicano Juan Villoro en una charla en Caracas, hace casi veinte años, cuando hablaba de la multiplicidad de escenarios en Ciudad de México: “Sin darnos cuenta, hemos cambiado de ciudad”. Mentiría si dijera que la naturaleza en pleno se mudó a mi cuadra. Minutos después del canto del gallo, escucho la santamaría que se abre, la pelea diaria de los vecinos, las voces de los vendedores ambulantes que no pueden quedarse en casa porque tienen que resolver su día, las motos. Sin embargo, lo diferente es que ahora también puedo escuchar el sonido de los pájaros en medio de este concierto atropellado de acordes urbanos.

Publicado el 10/08/20

La otra ciudad

Por meses hemos tenido que habitar otra ciudad. En esta donde nos encontramos, el acceso a la anterior es parcial y regulado. Estamos llenos de nuevas fronteras y de puertas cerradas. Nuestras salidas son de supervivencia y se reducen a las cosas más básicas: comprar comida, trabajar o resolver algún asunto impostergable. Si te sientas en una plaza, en algún momento vendrá un policía a decirte que debes levantarte e irte.

Con el coronavirus, el derecho al descanso y el esparcimiento se transformó en una actividad privada. Si bien hay un fin mayor, que es no contagiarnos, la sensación es de tener una ciudad que no podemos usar, que está vedada.

Esta nueva realidad me hace recordar las “exigencias” de quienes les alquilaban una habitación a mis amigas: “Puedes usar la cocina,

pero debes dejarlo todo como lo encontraste. En la nevera sólo podrás usar el cajón de abajo. Cuando uses el baño, no abras el chorro del agua caliente ni dejes nada de ropa allí. No puedes sentarte en la sala, es sólo el cuarto. No puedes traer visitas ni llegar después de tal hora".

La conclusión es similar: tienes un lugar para vivir pero está lleno de alambrado y de minas que pueden estallar si te saltas las reglas. Caracas, la que recorríamos hasta hace poco, está ahí en nuestra memoria, cerrada. La Plaza Bolívar, el parque Los Caobos, el chino patibulario de las birras frías, los abuelos de la plaza El Venezolano, el mercado de Caño Amarillo, el parque del Este, el panteón. Cualquier inventario es parcial, porque cada quien extrañará eso que lo hacía formar parte de la ciudad.

Hemos vivido momentos difíciles y tendremos que vivir otros. Muchas de nuestras dinámicas se modificaron drásticamente desde hace unos seis años. No había pandemia cercana pero sí la enfermedad de quienes querían reducirnos a la nada: de repente nos vimos rodeados de colas, de imposibilidades, de barricadas, de fallas de los servicios, de heridos de guerra, de una ciudad que parecía irse de nuestras manos. No ha sido fácil caminar por ella sin caer en un hueco.

Vimos cómo lo conocido se desdibujó y nos adaptamos a satisfacer lo básico. Ahora que llegamos a esta parte del largo camino, miramos hacia atrás y nos damos cuenta de la fuerza que tuvimos para seguir. Hemos estado en una "nueva normalidad" continuada desde hace tiempo, tratando de seguir el ritmo, a veces con audacia, otras de manera errática.

No hay una forma única de estar; experimentamos porque no queremos detenernos. Tal vez por eso esta pausa global obligada nos ha hecho pensar que justo cuando comenzábamos a buscar un nuevo rumbo, tuvimos que sentarnos en esta piedra, en la mitad del camino. La ciudad nos espera ansiosa; nosotros también.

Publicado el 01/08/20

“Los de a pie”

Una rodada en bicicleta por el Country Club para alguien que vive en el centro de Caracas es traspasar linderos remarcados con muros, garitas y calles ciegas. Mientras pedaleas, ves que casi nadie camina por allí. Sólo te cruzas con camionetas último modelo que se impacientan ante la lentitud de un ciclista que va por una cuesta.

Entre tanto árbol y verde, surgen hileras de casas habitadas por nadie: no hay gente hablando en la puerta, ni niños que corren detrás de un perro. Las únicas huellas de vida son las de un jardinero, las de una familia rubia que trota con saltos de gacela y las de una señora que camina bajo el sol.

La mujer va con el ritmo torpe y pesado que otorga el cansancio después del trabajo duro, en una zona donde el transporte público está casi vetado para los que no tienen otro medio para trasladarse.

Los deportistas ansían los resultados del esfuerzo físico que implica trotar por una zona que posiblemente recorren sólo en carro. En este punto, se percibe la diferencia entre los tipos de caminatas y las formas de desplazarse.
Caracas cambia según cómo vayas por ella. Ir a pie con tranquilidad y sin apuro es un lujo. La imagen de la persona exitosa y ocupada que cruza una gran avenida llena de avisos luminosos mientras habla por teléfono no se adapta ni un poco a nuestra realidad.

Caminar es “no andar en carro”, aunque quienes lo tienen crean que es mejor que pasar horas en la cola de una bomba. Ser “de a pie” es cansarse de esperar una camionetica que no llega, evitar el metro en su eterna hora pico o entrompar cuando ocurrieron los apagones. El peatón quiere llegar lo más rápido posible a su destino.

La vida en la ciudad exige tanta rapidez que a veces no nos detenemos a mirar el cielo o a tratar de descifrar el mensaje de la calle. Somos un montón de piezas con movimientos desordenados que se dispersan.

No es una queja sobre “lo insoportable que es ir a pie”, más bien es una apreciación desde lo cercano. No quiero ser el ejecutivo que apenas ve por dónde camina porque sus ocupaciones lo absorben, ni el usuario de una línea de transporte que se seca bajo el sol esperando. Tampoco la que corre por una avenida, a pesar de que el semáforo está a su favor, ni la que se cae en una acera rota.

Es un desafío delinear esa ciudad que tratamos de construir, algunas veces en el aire, otras con pequeñas acciones que facilitan

la vida de quienes nos desplazamos por ella. Cualquier frase sobre este tema queda en la nebulosa idea nunca terminada de “la ciudad que queremos y tenemos”. En esta pausa pandémica, el acto de caminar se ha reducido tanto que hacerlo ha cobrado un sentido distinto. Ha dejado de ser la consecuencia de algo para ser la causa.

No tener el apuro por llegar a un lugar nos ha hecho mirar en otras direcciones para pensar, para detenernos, aun en movimiento. Un torbellino nos ha arrastrado hasta esta orilla donde hay otros problemas que resolver y otro fuego que inventar.

Publicado el 24/08/20

Los ruidos de mi calle

Por estos días, uno puede decir, sin demasiado ceremonial, que pasa más horas en su casa. No hay novedad. En este tiempo, que se hace más largo para quienes tenemos la oficina donde los demás tienen la sala, un simple cambio de ubicación me permitió, sin salir del apartamento, descubrir, a través de los sonidos, esa otra calle donde vivo.

Ahora que trabajo muy cerca de la ventana, intento ver más al cielo, a pesar de que una torre del edificio del frente compite con él por mi atención. Mis momentos de (des)concentración se me van viendo las ventanas, fijándome en los horarios en los que algunos vecinos se asoman a buscar algo perdido en la tarde, después de que los negocios cierran y el tránsito disminuye.

Esta nueva ubicación me ha hecho ser mucho más susceptible a los sonidos. Esos que eran ruidos cuando la computadora estaba en medio de la sala, lejos de la ventana. La fachada del edificio, y el

piso donde me encuentro, me impiden ver lo que pasa en la calle.

Por eso, he optado por afinar el oído, reconocer voces, dinámicas y situaciones. Es como una radionovela continua. En ese mundo no visible, escucho las santamarías subiendo desde muy temprano. Un lapso silencioso muy frágil permanece hasta que la gente comienza a salir y el estruendo de una moto indica que comenzó el día. Así le siguen los vendedores trashumantes, los perros que le ladran al destino y un vecino que da instrucciones sobre camiones de alimentos desde una ventana. Entre el bullicio suelen llegar más rápidamente las risas, los insultos o la voz aguda de un niño.

Cuando las tiendas comienzan a cerrar, se siente la agitación de los que quieren comprar algo con premura y de los que no quieren atender a nadie más. Es el momento más ruidoso, que es acompañado por algún altavoz que explica que mantenerse en la calle es peligroso, aunque, a eso de las 12:00 del mediodía, el ambiente sea similar al final de la tarde de un 24 de diciembre, cuando los vendedores hacen las ofertas más arriesgadas porque quieren llegar a sus casas sin mercancía.

En la segunda mitad del día, la calle se enmudece y es posible trazar una línea imaginaria cada vez que pasa un carro. Las luces se encienden en las ventanas y alguna conversación se cuela sin que se sepa muy bien quién habla y por qué. Algún niño llora, los vecinos discuten, como cada noche, y el camión de la basura, que tiene la puntualidad de un reloj, arrastra su ruido inconfundible. Al asomarme a la ventana, percibo que la sensación del tiempo detenido también es un sonido que aún no sé explicar, pero que ustedes también deben haberlo escuchado.

Publicado el 31/08/20

Candilito

Cuesta imaginarse, doscientos años después, que la esquina de Candilito, en la parroquia Candelaria, era uno de los límites de la antigua Caracas. En aquel tiempo sin alumbrado público, un farol o candil indicaba que hasta allí llegaba la ciudad. A partir de ese punto, todo era oscurana y camino culebrero.

La actual esquina de Candilito posiblemente sea una de las más transitadas de La Candelaria, que la semana pasada cumplió 270 años de haber sido fundada. Sus cuatro puntos se encuentran en el "nuevo límite" trazado por la avenida Urdaneta, que divide la parte norte de la parroquia con la sur. Pasamos de ser el precipicio de la capital a ser uno de los sitios con más movimiento de toda la parroquia; pues allí está el principal cruce peatonal de la avenida y la parada de camioneticas cercana a la plaza.

Desde que me recuerdo vivo aquí, en esta “zona cercana al centro”, a la que no solemos incluir como parte del casco central, aunque de la Catedral de Caracas a la iglesia de La Candelaria haya sólo ocho cuadras de distancia.

Si nos adentramos en la historia de la conformación de la actual parroquia, veremos que éramos parte de los “barrios alejados” de la cuadra fundacional de la ciudad, a finales de 1700. Ahora, con el crecimiento de Caracas, algunos consideran que somos parte del oeste, tomando Plaza Venezuela como el área central.

Si me preguntaran qué caracteriza a Candelaria, que otrora era un “barrio periférico” situado entre las quebradas Anauco y Catuche, diría que su intensa vida comercial; que se reinventa según las crisis, o las “oportunidades”, como dicen algunos más optimistas.

El mapa mental que nos hemos hecho tiene trazos nuevos constantemente. Cuando mi papá y yo hablamos sobre la parroquia, nos referimos a los lugares que ya no están, que cerraron o que modificaron. Aquella zapatería de toda la vida ahora es una improvisada bodega y mañana tal vez sea una tienda de productos de limpieza.

Esa vieja costumbre de “liquidación por cambio de ramo” es imposible en Candelaria, porque las modificaciones ocurren de manera vertiginosa. Las referencias se nos van borrando a tal velocidad que hay que detenerse un poco para percibir el movimiento.

Tuvieron que pasar doscientos años para que el viejo farol que señalaba los linderos de la ciudad se transformara en una transitada

esquina de la avenida Urdaneta, la que nunca duerme. Pero por estos días, el tiempo de espera es tan fugaz, que no hay que dejar que pasen dos siglos: de una semana a otra puedes ver las modificaciones.

Hasta ahora, es la oralidad, con su fragilidad, la que va trazando esa historia sentimental y reciente de la parroquia. Sin embargo, sabemos que una vez que no estemos, las palabras que corren por estos muros desaparecerán. A nadie le interesará saber que de pequeña iba algunos domingos a un club familiar llamado Amigos de Santiago, que en El rincón paisa mi mamá compraba buñuelos y pan de bono, para recordar su país; y que los padres de uno de mis grandes amigos tuvieron por décadas un restaurante que ahora es un bodegón.

Todo este recuento, más que una oportunidad para la nostalgia, es una manera de hacernos cargo de la gran necesidad de contar, de escribir y de retratar nuestra historia local antes de que venga una inmobiliaria y se dé cuenta de que nuestros recuerdos quedan en un lugar que puede transformarse en un centro comercial o en una cafetería de franquicia.

Publicado el 07/09/20

Canelo, Amarillo y Ramón

En memoria de Canelo

Cuando mi papá y mi hermano me hablaron de Canelo, uno de los perros de la cuadra, me pareció increíble lo que contaron. Tuve que toparme con él, en una visita al edificio donde crecí, para ver de cerca su comportamiento. La historia de Canelo es desconocida, sólo podemos saber los retazos relacionados con su aparición en el edificio donde vive mi papá. Supongo que todo comenzó desde que una vecina empezó a llevarlo a su casa para darle comida y unas horas de resguardo. El salto interesante que presencié ocurrió una tarde cuando Canelo, un mestizo compacto de pelaje dorado, se paró en la puerta del edificio a esperar que lo dejaran pasar. Como ya me habían contado, lo llamé por su nombre para que sintiera confianza. De inmediato entró con una naturalidad pasmosa. Al abrirse el ascensor, subió con tranquilidad y se sentó hasta llegar al piso de su casa parcial. Una vez en la reja que separa a los apar-

tamentos del pasillo exterior, esperó a que le abriera para aguardar a su amiga afuera de su casa. En ese momento entendí esa expresión de algunas personas con mascotas que dicen que sólo les falta hablar o, mejor dicho, sólo nos falta entenderlas. Qué pasa después, no lo sé. Canelo se queda con la vecina y vuelve a la calle a la mañana siguiente. Una vez que cruza la puerta del edificio, desaparece y nadie lo ve en las cercanías hasta que llega la hora de regresar.

Amarillo

Amarillo era un perro espigado de largo pelaje dorado que vivía en la cuadra. No se sabía dónde se quedaba, pero siempre estaba puntual en las mañanas esperando que alguien le lanzara un pedazo de empanada. Algunas veces era tan afortunado que un abuelo le compraba una completa, como si fuera un nieto más. Era muy amigable y su único problema parecía ser con los perros que querían disputarle su reinado en la zona. Su historia terminó cuando alguien se lo llevó sin que supiéramos más.

Ramón

Ramón fue un gato que surgió de los techos de las casas centenarias de mi cuadra. Un día apareció muy enfermo en la puerta de mi edificio. Una vecina lo rescató, lo llevó al veterinario y terminé cuidándolo por unos días, porque ella tenía una gata muy celosa que no iba permitir la invasión. Mientras estuvimos juntos fue muy tranquilo, más por la enfermedad que por su forma de ser. Cuando ya estuvo recuperado se convirtió en uno de los personajes más relevantes del edificio: todos teníamos que ver con sus aventuras y desventuras, sus transgresiones y sus visitas a los apartamentos

donde alguna vez alguien lo había saludado. Ramón había vuelto a avivar su instinto callejero y ya era imposible retenerlo. Tenía varios sitios adonde llegar y varias personas que le soltaban algo de comida todos los días. Su gusto por las aventuras, tal vez no fueron del agrado de algún desconocido que se lo llevó. A él tampoco lo volvimos a ver.

Publicado el 14/09/20

“Truequear”

Hace una semana, por recomendación de una amiga, formé parte de una sofisticada experiencia de trueque. La llamo así porque no tuve que verme cara a cara con quien intercambié algo, y todo ocurrió a través de un chat de WhatsApp donde cada uno de los participantes les mostraba a los demás, con fotos, lo que tenía para “truequear” (un sustantivo que al calor de la experiencia se volvió verbo).

Cuando comenzaron a llegar a mi teléfono las imágenes de lo que cada uno ofrecía, sentí que la experiencia, que se extendería de jueves a domingo, era inmanejable y durante la primera jornada no participé. El tercer día empecé a mirar distraídamente qué podría interesarme y vi algo que me gustaba.

No sabía qué hacer, no había publicado ninguna foto y hasta ese

momento estaba pensando abandonar el chat. En un rápido inventario de los objetos que había en mi casa, pensé en las cosas en buen estado que podría ofrecer a cambio, y ahí comenzó un proceso interesante: buscar lo que había guardado por años en algún rincón, ofrecerlo y darme cuenta de que le interesaba mucho a alguien, que estaba dispuesto a intercambiarlo conmigo. Así pasó. "Mira estas tazas sin uso que tengo aquí", "encontré este vestido, sólo me lo puse un par de veces y que pudiera gustarte", "te mando la foto de este abrigo que tiene unos detalles".

Pero no sólo eran cosas, los participantes también ofrecían servicios, consultas astrológicas, sesiones de masajes estéticos o comida. Algún titular, de esos donde el periodista tiene como objetivo encontrar las señales de una Venezuela a punto de desplomarse, dirá que en un chat de una aplicación de mensajería instantánea un grupo de venezolanos, ahogado por la crisis, se vio obligado a regresar al neolítico para practicar el trueque, ante la imposibilidad de comprar artículos en un país petrolero sin gasolina. Y es posible que esa información tendenciosa que tiene visos de verdad, no arroje nada que no sepamos o que no hayamos vivido.

El detalle que suele quedar silenciado casi siempre es que nuestra situación ha llegado hasta este punto por la asfixia económica a la que nos han sometido para forzar un cambio de Gobierno, sin que las elecciones formen parte del proceso. Entonces, incluso hablar de una experiencia donde no medió el dinero para obtener algo, se transforma en una muestra más del atraso, de las condiciones precarias a las que estamos sometidos y de la merma de la calidad de vida de los venezolanos.

A partir de allí, las acusaciones pueden ser muchas y el trueque, esa forma de relación con el entorno tan cotidiana en la vida de nuestras madres y abuelas, termina siendo algo vergonzoso que demuestra lo "conformistas" e "indolentes" que somos, como si buscar alternativas fuera negar la crisis o transformarnos en una antena repetidora y acrítica de "todo lo que hace el Gobierno".

Finalmente, cada uno se quedará con esa porción que necesita para delinear su historia personal, y libremente podrá escoger la forma de intercambiar productos y servicios que más se adapte a sus condiciones y pensamiento político. En mi caso, esperaré una próxima edición digital de esa experiencia que ya he practicado cara a cara con algunos vecinos y que crea unos lazos distintos a esos que el dinero suele amarrar con tantos nudos.

Publicado el 21/09/20

La Urdaneta

La avenida Urdaneta siempre ha sido la señal de que estoy en casa. Cuando me reencontraba con su caos y sus particularidades sabía que había regresado a mi lugar, viniera de donde fuera.

Quienes crecimos en la década de los ochenta la recordamos más o menos igual: una avenida ni muy extensa ni muy amplia que te obligaba a salir de las callecitas de Candelaria para trasladarte al oeste o al este de la ciudad. Para nosotros, Caracas comienza con la avenida Urdaneta.

Mis amigas y yo solíamos decir que era “la avenida que nunca duerme” o la “Curdaneta”, porque incluso en las horas más atrevidas podías encontrar curda o algo abierto: un puesto de chucherías y cigarros, algún bar patibulario, una línea de taxis, una arepera noctámbula, un robo o una pelea.

Aunque siempre la caracterizó el incesante tráfico, que generaba colas y mucho congestionamiento, ahora es otra. Si te paras en el cruce de la esquina de Candilito, de la que ya hablé en una columna anterior, giras la cara hacia el este y el oeste, ves con facilidad la cuesta que conduce a Catia y la depresión que lleva al elevado de la avenida Andrés Bello.

La cantidad de carros ha variado desde 2016, producto de la situación económica. A pesar del poco volumen de vehículos que tuvo por unos años, el tránsito se ha reavivado desde 2021. Su construcción, en 1953, dio paso a eso que se entendía como progreso, que se llevó por el medio casas coloniales con importante valor arquitectónico e histórico.

A su alrededor se erigieron edificios que ahora son emblemáticos y que amurallan la avenida: el antiguo Banco Central de Venezuela, sede actual de una agencia del Banco de Venezuela; el Sudameris, que está en la esquina de plaza España, que comunica a la Urdaneta con las Fuerzas Armadas; el viejo Centro Financiero Latino, donde hay algunas instituciones estatales; el de El Universal; el Karam, un Rockefeller Center de bolsillo donde Perón habría conocido a Isabelita y tantos más que guardan en sus pisos un poco de la historia local.

Los dos kilómetros de avenida son también la puerta al centro del poder político del país, que se extiende hasta Miraflores, y que deja atrás, de este a oeste, los ministerios de Agricultura y Tierras; de Relaciones Interiores y Justicia; de Planificación; de Economía y Finanzas; la Vicepresidencia; el Banco Central de Venezuela y otras subsedes de organismos públicos. Además, es paralela al

centro histórico y a la Plaza Bolívar.

La Urdaneta, que levita sobre la avenida Baralt, también es una manera de tener presente el golpe del 11 abril de 2002, las muertes, las heridas y el dolor causado por quienes aún insisten en vernos desaparecer. En puente Llaguno, desde 2006, está el monumento a los caídos, obra del escultor Carlos Prada, que se llena de gente alrededor cada vez que hay una marcha chavista, como una muestra de que la vida sigue brotando aun en los lugares con un pasado cercano y sombrío. ¿Cuánto de nuestras vidas cabe en los dos kilómetros de extensión de la Urdaneta?

Publicado el 28/09/20

La ciudad no te habla

La ciudad es un estado de ánimo. Tratar de abarcarla y describirla de una manera total es un intento que deja más frustración que satisfacción, porque en ella reconocemos nuestra imposibilidad de sabernos por completo, de ser una certeza sostenida. No sabría decir quién le deja de hablar a quién.

En ocasiones sales a la calle y no deseas que te mire a los ojos. No quieres hacer el más mínimo contacto: sólo estás dispuesto a usar la ciudad para desplazarte y hacer lo que tienes previsto. En esas oportunidades, ella calla y respeta ese muro de silencio que se alza entre las dos.

Otras veces, en las que te sientes frágil, todo lo que pasa a tu alrededor hace que tu relación con ella se vuelva tensa. Nuevamente cierras la comunicación y sientes que te toca sortear las dificulta-

des que cada mañana se levantan con un rostro diferente. Esos días sólo piensas en regresar a casa y enterarte lo menos posible de todo lo que pasa allá afuera. ¿Significa esto que no quieras a Caracas?, te preguntarás. El cuestionamiento te rebota y te apunta directamente: ¿significa esto que no me quiero? No hay una única manera de responder. Es un proceso que tiene avances, paradas, retrocesos y que no deja de demostrar la profunda conexión que tenemos con este valle, incluso cuando nos sentimos abandonados en él.

Algunas personas, en tono burlón, nos cuestionan por decir que queremos a esta ciudad. Creen que hacerlo es tapar sus imperfecciones y mirar impávidos cómo se deteriora y cómo se cometen injusticias en ella. Es una interpretación amañada de quienes banalizan nuestra identidad y pertenencia a este lugar, como si querer fuera impedimento para ver los problemas, los admitamos o no.

El distanciamiento se hace necesario todas las veces que se requiera. Es la pausa para mantenerse en movimiento y sumergirse en los asuntos urgentes que hacen que la ciudad sea el medio y no el fin. Nos pasa eso con nosotros cuando acallamos un poco lo que pensamos y nos dedicamos a atender lo postergado. Es un proceso que nunca finaliza y en el que hay derrotas y recompensas.

Nuestro estado de ánimo no es lineal, por lo que la relación con Caracas tampoco tendría que serlo. Somos aún unos seres que están buscando la forma de encontrar su espacio en esta ciudad cercada por montañas y bañada de luz.

Publicado el 05/10/20

La “hora pico”

La “hora pico” fue un recurso utilizado por años para tratar de darle una explicación al caos. En ese margen de horas, en la ciudad podía pasar cualquier cosa que finalmente iba a ser atribuida a ese lapso de máxima congestión y movimiento del que casi nadie se escapaba. En un punto, no se sabía si la “hora pico” duraba todo el día o si más bien aparecía con inusitada frecuencia.

Cuando comenzaba el día, ese espacio temporal podía extenderse desde las 6:00 hasta las 10:00 de la mañana; a mediodía, ocurría entre las 12:00 y 2:00 de la tarde y, al finalizar la jornada, era común ser arrastrado por el gentío entre las 4:00 de la tarde y las 7:00 de la noche. ¿Qué pasaba en la “hora pico”? De todo.

El metro se convertía en un suplicio subterráneo, el transporte público se atestaba de gente que sólo pensaba en dos cosas, según el

momento del día: llegar al trabajo o regresar a la casa.

Durante esas horas crueles, el tránsito se paralizaba y quienes quedaban atrapados en una cola de carros o en una parada sólo podían lamentarse de no haber salido unos minutos antes para evadir aquel purgatorio en el asfalto. En las oficinas veías el terror en el rostro de quienes vivían lejos y no conseguían salir antes de "la hora pico".

Unos segundos más podían significar dos o tres horas en una cola sinsentido. Todos parecíamos huir de un monstruo invisible que se iba comiendo cada día un poco de nuestra existencia. Era común que alguien se excusara por llegar tarde, por el mal funcionamiento de algo o por casi cualquier evento diciendo: "Es que estamos en 'hora pico".

En aquellos tiempos, aún no muy lejanos, había una pequeña concesión: los lunes bancarios, los feriados, las vacaciones escolares y los primeros días de enero. En esas fechas podías salir a la calle sin tanta desesperación a pesar de que la sombra de algún inconveniente que colapsara el tránsito siempre estaba al acecho. Nadie se escapaba tan fácilmente.

Todo esto parece un recuerdo muy lejano de otra ciudad. No sólo la pandemia cambió nuestros horarios, en Venezuela, desde hace por lo menos cinco años, hemos visto cómo se fue desdibujando ese lapso aterrador, al menos en cuanto al tráfico de vehículos.

En algunas partes la "hora pico" se transformó en el "día pico" que podía trascurrir en un vagón del metro, en la cola para subir a una

camionetica, en una caminata larga luego de los apagones de 2019 o en la fila de carros para llenar el tanque de gasolina. Visto desde aquí, y con la benevolencia que otorga la mirada en la distancia, aquella "hora pico" retrataba a otro país en un momento donde las presiones iban en otra dirección.

Publicado el 12/10/20

La misa pandémica

La pandemia ha cambiado muchas cosas que suponíamos inamovibles. Eso podemos percibirlo dentro y fuera de nuestras casas con tan sólo comparar, sin que tal vez recordemos mucho, qué hacíamos habitualmente antes de marzo de 2020.

El peso de las nuevas costumbres se ha ido imponiendo, a pesar de nuestra resistencia al cambio. Una de esas adaptaciones inesperadas ocurre tres tardes a la semana en la plaza Candelaria, un espacio de la ciudad donde las personas tratan de distintas maneras de preservar su cotidianidad al aire libre, a pesar de las prohibiciones y limitaciones que ha supuesto la cuarentena por el coronavirus.

Quien conoce la plaza sabe que varios grupos conviven en un equilibrio tácito donde cada uno se ocupa de sus aficiones, labores o gustos: pasear a sus mascotas, jugar dominó, analizar la actualidad

nacional e internacional, hacer ejercicio, esperar a que salga un delivery, pasar el tiempo, jugar, dormitar o estar con la pareja.

En esta “nueva normalidad”, donde es posible la readaptación de los sitios para otros fines que no son los convencionales, ocurren cosas fuera de lo habitual, como toparse con la misa de las 5:00 de la tarde fuera del templo de Nuestra Señora de La Candelaria.

Más allá de la discusión sobre la religión y el derecho que tengan los católicos de tomar un espacio que nos pertenece a todos, lo interesante es ver una ceremonia cargada de símbolos fuera de su lugar natural. Es una manera de observar cómo se vuelve público un ritual íntimo entre personas que profesan la misma fe.

La misa católica, cuyo eje central es la eucaristía, es distinta porque los creyentes están fuera de “la casa de Dios” confundidos entre perros, árboles, conversaciones, gente que camina distraídamente, pelotas de ping pong y parejas que se miran y se besan. El pecado se desdibuja y el ritual pasa a ser un elemento más del fresco de las 5:00 de la tarde.

En este encuentro religioso pandémico, los creyentes están convenientemente separados, no comulgan y tampoco se abrazan en el momento de darse la paz. No hay imágenes religiosas, velas encendidas ni se cierne sobre sus espaldas el peso de los muros del templo.

Un hombre se aferra a las rejas que apartan la iglesia de la plaza mientras el sacerdote, casi oculto a la vista, da el sermón en el umbral. Una mujer se apoya de un árbol, como si fuera una conjunción

entre su creencia y la naturaleza, tal como ocurrió tras la imposición del catolicismo como única religión por parte de los colonizadores. Apenas termina la misa, el reducido grupo, conformado en su mayoría por mujeres mayores, se dispersa. Nuevamente forman parte del resto.

Publicado el 19/10/20

La vergüenza

Dos conversaciones y una vivencia sobre la vergüenza de pertenecer a un determinado lugar se me han cruzado en la cabeza en días recientes. Aunque las separan kilómetros de distancia y años, sus líneas convergen en una misma idea: la incomodidad que hemos aprendido a naturalizar al hablar de nuestro origen.

La primera escena ocurrió hace más de 30 años, mientras mi abuela me cosía un disfraz de campesina antioqueña. Alrededor del ruedo del faldón negro, que forma parte del atuendo, van cintas con los colores de la bandera del país y del departamento. Con el amarillo, el azul y el rojo no hubo problema: Colombia y Venezuela tienen los mismos tonos en sus banderas.

Las dudas de “la mamita”, como aprendí a decirle a mi abuela materna, comenzaron cuando hubo que coser las cintas blanca y ver-

de, que son los colores de la bandera de Antioquia. Ella temía que la gente en Caracas supiera que mi traje tenía alguna relación con Colombia y que se burlaran de mí o me rechazaran. Como una "solución", ingeniosamente ubicó los colores con otra disposición para que nadie lo notara. Fue nuestro "secreto".

La otra escena me la contó un petareño. Durante una extensa conversación recordó que años atrás, mientras hacía una cola para pagar servicios en el Centro Comercial Sambil, en Chacao, escuchaba los lugares que refería la gente cuando la cajera les preguntaba por la zona donde vivían: La Urbina, La California Norte, El Llanito. Cuando le tocó su turno, y le hicieron la misma pregunta, soltó con voz firme: Petare. La mujer que lo atendía quedó petrificada y le dijo que en todo el tiempo que había trabajado allí, nadie le había referido que vivía en esa zona.

En cuanto a la vivencia, recuerdo que mientras estudié en la UCAB solía ser una complicación decir que vivía en el centro de la ciudad, cuando algún conocido me ofrecía la cola. Al mencionar Candelaria algunos arrugaban la cara pensando que traerme a casa era tentar un peligro desconocido. Otros abiertamente decían que llegar a mi parroquia era desviarse mucho y que, si me servía Plaza Venezuela, como el límite entre lo "feo" y lo "bonito" de Caracas. En esos años sentía que yo era la que estaba mal ubicada en el mapa de la ciudad. El trabajo, mi posición política, mi familia y las experiencias de otras personas que fui conociendo fueron el abono para conectarme con esa esencia que yo misma había acallado desde muy pequeña. Poco a poco fui convenciéndome de que era un orgullo para mí ser hija de una colombiana y vivir en el centro, ante mi creciente demanda de una identidad.

La reapropiación de nuestro origen, y lo digo con una certeza contundente, es una de las mejores formas de perdonarnos tantas omisiones, secretos y silencios. La vergüenza es negarnos.

Publicado el 26/10/20

¿Una Caracas bonita?

Uno cree conocer a Caracas hasta que se mete por una calle desconocida. Un simple giro inesperado puede hacer que la certeza de ser un citadino que conoce su terreno se desvanezca como la estela de humo gris que deja una camionetica. Aunque parezca exagerado, haberme mudado hace unos años a la calle del frente del edificio donde crecí, y pasé buena parte de mi juventud, hizo que descubriera otro mundo en mi propia cuadra.

El solo hecho de haber cambiado de manzana modificó mis rutas cotidianas porque encontré nuevos atajos, di con sitios por los que nunca había pasado, incluí otros comercios en mis rutinas de compra y lo que me parece más importante: ahora puedo ver cómo continúa el movimiento sin mí en los lugares por donde solía caminar y vivir.

Cuando voy a otras parroquias o municipios trato de fijarme en cada detalle. Secretamente me enamoro de las ventanas, de la disposición de las plantas, de las fachadas, de los árboles, de algún elemento que alguien puso en algún lugar para dejar constancia de su paso.

Suena a romantización, si se quiere, pero lo veo más como un intento de imaginarme habitando otros lugares o teniendo otras vidas fragmentadas, porque sólo existen con relación a los objetos que observo. Aunque algunas personas me han dicho que tengo una "manera bonita" de contar la ciudad, no estoy del todo conforme con el piropo. Pienso que mi intención no es crear textos artificiosos que enganchen y que describan una belleza vacía. Creo que la búsqueda, que nunca termina y cuyos hallazgos suelen ser parciales, es mucho más amplia e incluye al todo caótico, hostil, hermoso, entrañable y cruel donde nos desenvolvemos.

Cuando hablo de mis búsquedas, no me refiero a "la forma de hacer las cosas", porque cada uno encuentra su propia manera de contar y de contarse. No hay un manual ni una indicación certera. Hablo de la razón que he ido moldeando con los años para aún mantener el asombro al desplazarme por esta ciudad pequeña y sinuosa. Además de escuchar retazos de conversaciones, fijar la atención en las particularidades que me interesan, hacer algunas fotos e ir coleccionando situaciones para contar después, considero que lo más importante es vivir la ciudad y no dejar que su cotidianidad se escape y se convierta en una serie de mensajes indescifrables. Hay que evitar, sobre todas las cosas, convertirnos en unos extranjeros en nuestros propios linderos.

Publicado el 02/11/20

La vida de quienes no están vivos

"La muerte es un problema de los vivos", escribió el sociólogo Norbert Elias en *La soledad de los moribundos,* un libro que por razones desconocidas compré dos veces, en etapas diferentes de mi vida: en una mi madre estaba viva y en la otra no.

Hoy que Día de los Fieles Difuntos, como se denomina esta conmemoración religiosa de origen cristiano, quiero recordar la vida de quienes ya no están vivos, porque aún no los considero muertos. Es precisamente la memoria de los nuestros lo que nos hace ser quienes somos. Es nuestro pasado, tan presente, lo que permite proyectarnos hacia el futuro.

En la lejanía de mis recuerdos están mis abuelos paternos. Ninguno de los dos nació en Caracas, pero se movían por la ciudad como si siempre hubieran estado en ella. Saturno, mi abuelo, era fiel usua-

rio de los autobuses Mercedes Benz que aún andan por ahí. Con él aprendí a hacer viajes en esos monstruos de entrañas anaranjadas. Cuando le tocaba buscarme a la salida del preescolar, solía tener un paquete de Bolibomba en el bolsillo de su guayabera que esperaba ser encontrado por los nietos.

Mi abuela Carmen siempre estaba llena de energía, a pesar de su edad. Recuerdo su entusiasmo por la vida y su manera de solucionar cualquier problema, sin importar el tamaño o la presentación. En mi mente siempre va con su cartera, donde podía estar escondido el universo, buscando matas en algún lugar, recorriendo quincallas y hablando con una facilidad sorprendente con cualquier señora desconocida en medio de una cola. Cuando pienso en ella, la veo yendo de un lugar a otro, como si las calles y avenidas estuvieran hechas a su medida.

Cuando hablo de mamá, sólo puedo decir que es una de las colombianas que más amó esta ciudad. Su nivel de pertenencia, aunque nació a kilómetros de aquí, era tangible y sólido. Me enseñó a andar por la ciudad cultural que aún siento como mía y con ella hice mi primer viaje en el metro, una vez que lo inauguraron. Para ella fue un evento tan especial que aún guardo nuestra foto en la placa que está dentro de la estación de Chacaíto, donde inicialmente terminaba la línea 1.

Con Amparo aprendí a desenvolverme en los lugares más hostiles: las paradas de autobuses, las vías intrincadas y los terminales de pasajeros.

Mi mamá nunca se detenía por nada y en mi recuerdo siempre

es invencible, como si su mayor miedo hubiera sido no hacer algo. Recorría El Ávila como si la montaña siempre hubiera sido suya, como si fuera la misma que la vio nacer en el Valle de Aburrá, en Medellín. Al igual que mi abuela Carmen, era incansable y ávida por maravillarse ante lo que ofrecía su entorno: mi mamá andaba por el mundo como si cada día fuera uno distinto que había que recorrer y descubrir. “Lo que sois, fuímoslo nosotros; lo que somos, lo seréis vosotros”. Así dice la voz de los muertos de vida.

Publicado el 09/11/20

Solidaridad vecinal

Una de estas tardes una vecina de la cuadra me envió un mensaje de voz acompañado de una foto de mi edificio. En la imagen de inmediato reconocí la reja de mi ventana abierta. En el audio me explicaba que otra vecina, que vive en el edificio del frente, le había mandado la gráfica para alertar sobre la situación sospechosa. Le expliqué que era mi ventana, que la había abierto para recoger unos pimentones de una de las matas y que no había nada de qué preocuparse.

En el resto de los mensajes hablamos sobre robos recientes en los edificios cercanos, incluidos el de ella y el que tengo al frente. En uno de los desafortunados episodios, el ladrón subió por una de las terrazas, escaló hasta un apartamento en un cuarto piso, entró y se llevó varias cosas mientras el dueño dormía. Luego de despedirnos, me sentí intranquila por los robos en mi cuadra y pensé en cuál

sería la manera de estar más segura en mi casa. Con tantas ideas revoloteando, me detuve a pensar en la solidaridad vecinal, inesperada, pero en funcionamiento.

Quien tomó la foto no era de mi edificio, en teoría no tendría que preocuparse por lo que ocurre más allá de su torre, pero lo hizo para alertar a quienes vivimos en la comunidad sobre alguna situación inusual que podría estar ocurriendo. “Hay que cuidarse entre todos, vemos algo irregular y prendemos todas las alarmas”, le dijo la vecina a la persona que me envió la voz de alerta.

En medio del difuso significado de comunidad que puede haber entre personas que se agolpan edificios y que no suelen haberse visto o saludado, la existencia de lazos invisibles entre los que vivimos en mi calle es esperanzadora.

El cuerpo vivo que significa estar en comunidad tiene corazón y ojos. Además, se encarga de proteger a todos los pequeños organismos autónomos, que somos nosotros, para que nos desarrollemos con la mayor normalidad posible. Aunque el robo de apartamentos es un hecho desafortunado, al igual que la violencia de quienes durante las protestas trancaron mi calle, quemaron bolsas de basura, lanzaron objetos desde sus ventanas y nos atemorizaron, saber que no estamos a la deriva en momentos tan complejos, reconforta porque la comunidad es la base de todo.

Publicado el 16/11/20

Rituales pandémicos

Manejarse en la ciudad en tiempos pandémicos en ocasiones pareciera un canto al absurdo. Los nuevos rituales, en modificación continua, nos tomaron de rehenes y hemos tenido que llevar sin mayor sobresalto nuestro síndrome de Estocolmo.

Además de ver los usos alternativos que hacen algunas personas del tapabocas, nos toca someternos a una serie de reglas discrecionales que permiten el ingreso a un local, o incluso, a la vida de alguien.

La cotidianidad me ha sorprendido estirando la mano en el umbral de un comercio de cualquier tipo para que el portero haga lo que corresponde: usar de una forma críptica el termómetro digital infrarrojo, que suele arrojar temperaturas más cercanas a la hipotermia, y recibir en mis manos una gota de gel antibacterial

o el splash de un atomizador cargado con un líquido de origen y eficacia desconocidos.

Una de estas tardes uno de esos porteros, que ahora regulan la entrada a muchos lugares, me puso el termómetro en la muñeca, mientras otro apretaba el atomizador sobre la palma de mis manos. Nadie se fijó en la supuesta temperatura de 36° que tenía. Más allá del descuido, ya pareciera ser un acto reflejo el medir y rociar.

Otra extraña manera de "alejar el virus" son las colas para entrar a los negocios. Controlan la cantidad de personas que están dentro, pero pareciera no haber mayor problema con las que se agolpan en una cola en las afueras, sin guardar la mayor distancia física.

Días atrás, mientras esperaba que tomaran mi pedido en una charcutería, una mujer se puso tan cerca de mí que aun en tiempos sin coronavirus lo hubiera considerado como una irrupción desagradable en mi espacio vital. En un momento, con un rictus de molestia parcialmente oculto tras mi tapabocas, le pedí permiso, con ese tono que más bien dice: "¿te puedes quitar?".

El contacto como amenaza es parte de la "nueva normalidad". Tenemos ese impulso primario de saludar y abrazar pero aún no sabemos qué hacer para comunicarnos de manera no verbal sin parecer torpes o inconscientes.

Si algún experto de la Organización Mundial de la Salud nos mirara por una rendija, se daría cuenta de todas las posibilidades que tenemos diariamente de contagiarnos. Caminamos al borde de una cornisa sin saber que hay una cornisa.

La etapa de temerle a todos se ha mitigado y ahora atravesamos una donde nos sentimos acartonados ante una realidad que se empeña en seguir, a pesar de los titulares, de las ausencias dolorosas o de los embates que ha causado, y que seguirá causando, el coronavirus. No estamos aún en la transición hacia algo, más bien estamos suspendidos como las partículas de líquido antibacterial que flotan en la puerta de un supermercado.

Publicado el 23/11/20

Motos en tres tiempos

I. Cruzar la avenida Urdaneta a cualquier hora siempre es diferente. Está escrito que el peatón, ese gran perdedor universal, es el ser más vulnerado.

No hay que hacer un ejercicio muy creativo para imaginarse a una pobre bolsa (yo) esperando que las motos decidan darme una oportunidad mucho tiempo después de haber cambiado el semáforo.

En ese juego que siempre pierdo, algunos motorizados me han mirado con lástima y, con un gesto de padre benevolente, me han hecho señas para que pase. En esos casos he cuestionado mi fortuna porque he llegado al punto de considerar extraordinario algo que sería lo normal cuando el semáforo está en verde para mí.

En la mayoría de mis aventuras sobre el rayado, zigzagueo como si me hubieran echado limón en los ojos, dudo, corro, me repliego, insulto mentalmente, pego gritos y finalmente izo la bandera del fracaso. El ritual siempre varía y cruzar una avenida deja de ser algo automático.

Para cualquiera se trata de una historia poco relevante entre tantas injusticias que ocurren en el mundo, para mí es el juego perdido contra la máquina y quien está sobre ella.

II. Imagine a un hombre mayor, de unos setenta años, caminando por el bulevar de Sabana Grande. Piense en su cuerpo, sus pasos acompasados y el tiempo sobre su espalda. La vista, que ya le falla, no lo ayuda a ver bien los contornos y los peligros ocultos en los objetos cotidianos. Sin darse cuenta, pisa mal y termina volando por el bulevar. La escena está compuesta por sangre, una mejilla surcada por una herida y una rodilla ya enferma que se declaró en cese. El hombre, más dolido por la torpeza de la vejez que por los golpes, está aún en el piso sin poder levantarse. La gravedad lo llama cada vez con más fuerza y esta podría ser una ocasión para dejarse llevar sin mucha resistencia. De entre la multitud de zapatos indolentes que pasan por su lado, salen los de un grupo de mototaxistas para ayudarlo a pararse y acompañarlo a esperar que un familiar vaya a buscarlo. El hombre muy apenado acepta la atención y piensa que la vejez esta vez ganó la partida.

III. No sé subirme ni bajarme bien de una moto. Entre mis heridas de guerra se encuentra el quemón que me dio un tubo de escape cuando me apeé por el lado equivocado (de la historia). Afortunadamente, borré la cicatriz con sábila y ahora solo queda la anécdota poco heroica. Todavía no entiendo bien la razón, ni tengo una explicación convincente sobre mi poca destreza al abordar ese tipo de caballos con tracción 2x2, ni sé bien si infundo respeto como parrillera. Supongo que no.

Publicado el 30/11/20

Cantar

No sé cantar, lo aclaro de entrada. Quien sabe y me escucha, se da cuenta de inmediato y se ríe de mi manera de atentar contra cualquier melodía. En defensa de mi ignorancia sólo podría decir ante el juez de la afinación: “cantar, como sea, es sentir, y nadie sabe si siente bien o mal”.

Mientras escribo, un coro lejano canta una de Gilberto Santa Rosa. Lo hace con tanta entrega que provoca estar ahí con ellos, a pesar de la noche avanzada.

Cuando cae el día, mi vecino, al que imagino acostado en el sofá de la sala, escucha la radio y canta con el sentimiento que sólo puede transmitir un solitario: “En mi calvario, llevando mi cruz, a duras penas”.

Cantar es una liberación y una manera de abrir esa caja de resonancia que es nuestro pecho. Aun en los momentos más difíciles, cuando el silencio avanza como una bandada de pájaros por la tarde, existe la necesidad de tararear algo, aunque se enrede con un nudo en la garganta.

En Caracas no hay que ir muy lejos para escuchar a alguien que repita los coros de una canción. En las camioneticas, en las esquinas, en una tienda, en una cola, en un bar. Todos componen una sinfonía callejera.

Se puede ir tarareando mientras el conductor se pelea con un motorizado y el colector anuncia un nuevo e inesperado incremento del pasaje. Cantar es vivir, a través de la voz, otras realidades que se encuentran con la nuestra.

Pensamos en los estribillos como oráculos que no siempre supimos interpretar o que conseguimos entender después de muchos años.

Escuchar una canción es buscar (y encontrar) mensajes ocultos, creer que quien compuso el tema estaba pensando lo mismo que nosotros.

Cantar es abrir un diálogo personal con esos sentimientos agolpados que nos usan como médium para manifestarse, para decir que el ritmo es un movimiento que toma una forma al salir de nuestro aparato fonador. A veces un estribillo nos toma por sorpresa y nos sumerge en la más inusitada alegría o en la más profunda tristeza.

En mi recuerdo está mi abuela materna cantándole a los pájaros del patio; mi mamá conmovida hasta las lágrimas con canciones de su tierra; mi papá tarareando una salsa mientras usaba el volante como conga y yo aprendiéndome los meses del año con una cancioncita que me enseñaron en prescolar y que aún uso para enumerarlos. ¡Viva la música!

Publicado el 07/12/20

Remar las estrellas

Una de estas noches vi una escena que me impresionó tanto que me hizo escribir esta columna. Un trabajador del aseo urbano iba de pie en el extremo lateral del camión. En sus manos tenía una vara muy larga que movía de manera repetida, como si fuera el remo de una embarcación que surcaba mares convulsos. Su capacidad para jugar e imaginarse en otra realidad, a pesar de la faena que le esperaba en el basurero de la esquina, fue una prueba de la existencia de esa extraña belleza que va más allá de lo convencional.

Limpiar Caracas es una tarea que da más ganas de arrepentirse que de continuar. Las toneladas de desechos que producimos se esparcen en cada rincón donde alguien piensa que puede deshacerse de lo que lo que ya no le pertenece y le estorba, una vez que abre la puerta de su casa. La crisis económica también trajo consigo imágenes dolorosas que aún vemos: personas que hurgan en la basura para buscar comida o algo que puedan reusar, intercambiar o vender.

No es fácil navegar en ese mar tan borrascoso. Trabajar en el aseo urbano tampoco hace que esta historia sea más sencilla. Son jornadas duras, generalmente nocturnas, donde hay que lidiar con el caos de los demás, armados de herramientas bastante rudimentarias y en condiciones precarias.

Cuando he pasado cerca del basurero improvisado que se hace en mi cuadra he visto cómo una sábana es utilizada para levantar las bolsas, que generalmente están rotas, y lanzarlas al camión que tiene sus fauces abiertas como un animal mitológico insaciable. No es un oleaje tranquilo.

Con este panorama cargado de tanta realidad punzante, ese hombre jugaba aquella noche a navegar las estrellas. Para mí fue una lección, de esas que uno encuentra en los lugares donde no esperar hallarlas, y una confirmación de lo heroica que es su labor: los trabajadores del aseo urbano no han parado ni un día este año, a pesar de la cuarentena, y les ha tocado arriesgar el pellejo cuando la violencia ha cercado nuestras calles con bolsas de basuras en llamas.

Los trabajadores del aseo generalmente se pierden en la oscuridad nocturna, cuando todos duermen y oyen a lo lejos los gemidos agónicos del camión de la basura. De día, a pesar de la luz, muchas veces son invisibilizados por nosotros mientras barren y recogen lo que ya no necesitamos. Espero que a alguno le lleguen mis palabras de admiración y mis deseos de que remen en un mar tranquilo.

Publicado el 14/12/20

Dos escenas de amor en Caracas

La superficie de los sentimientos, si pudiera verse con un “microscopio sentimental”, no es lisa y dura como la del mármol. Un mínimo acercamiento arroja que es irregular, discontinua y porosa; que hay trozos que faltan y otros que han sido empatados o remendados. ¿Por eso dejan de ser puros? Pienso que no.

A menudo nos cuestionamos el hecho de encontrar sentimientos y sensaciones donde otros sólo ven vacío. Los estímulos, y los complejos mecanismos que los mueven, aparecen sin llamar, sin ser invitados para removerlo todo y sacarnos de nuestra inercia habitual.

La búsqueda de ese escenario ideal donde la gente es feliz, se ama, se cuida y todo brilla a su alrededor, es una oportunidad más para la decepción.

En esta ciudad, donde la realidad puede herir como puñal y al mismo tiempo acariciar como pluma, cualquier sentimiento viene acompañado de una rara mezcla que lo hace único y valioso.

Estos párrafos son mi defensa ante mí misma cuando una demostración de afecto que no ocurre en un contexto ideal me toma por sorpresa y me conmueve por su belleza. También son mi defensa ante quienes piensan que el fin último de escribir es romantizar la dura realidad que cada uno vive en un país a cuyos problemas se sumó el bloqueo y el asedio (y dejo el espacio para lo que quieran agregar).

Todo esto es a propósito de dos escenas que vi en días distintos pero que fueron el inicio de esta columna. Una de ellas ocurrió una noche cuando un hombre de unos 80 años estaba coqueteando con una mujer que pudiera tener 30 años menos. Él es viudo y, no vive en la calle, pero está todo el día en una avenida. A ella se le ven las marcas de una vida dura y poco generosa.

En esos minutos que estuve observándolos, él le dio comida, una franela y besos furtivos. Ambos sonreían. Él, a pesar de su edad, se veía apasionado y enamorado. Sobre ella, no sabría decir si sentía lo mismo o si agradecía que alguien la hubiera tratado como a un ser humano.

Mi otro encuentro ocurrió una tarde. Desde hace años he visto a un hombre que pide dinero en una avenida. Es una persona con discapacidad que está en silla de ruedas acompañado de su perrita Coqui, que nunca lo desampara y que está siempre sentada sobre él. Al conversar un rato, me contó que tiene ocho años, que

detecta a quienes van con malas intenciones y que la rescató cachorrita de un barrio. En un momento la miró y me dijo que era muy cariñosa y que era como tener una hija. Para mí fue una escena de amor demoledora y contradictoria.

Publicado el 21/ 12/20

La columna 25

No suelo llevar cuentas de casi nada por mi mala memoria. Sin embargo, desde que comencé a escribir la columna *Caracas en alta* numeré cada archivo, más por mantener un orden, que por saber hasta dónde llegaría. Me encuentro sorprendida de haber publicado ya 25.

La primera salió el lunes 29 de junio, un día antes de mi cumpleaños en pandemia, hace ya casi seis meses. En ese lapso, relativamente corto, este ha sido mi refugio, el rincón donde Caracas y yo nos encontramos sin intermediarios.

Sin pretender que esta columna sea un espacio para el desahogo o un diario, a pesar de que sólo está mi voz, me pienso y trato de contar mi transcurrir en esta ciudad desde hace seis meses. El camino ha sido irregular y discontinuo como las calles de Caracas.

Estar aquí, mantenerme de pie, a pesar de las sombras que se cuelan en mis propias esquinas, es una fortuna efímera, pero fortuna al fin. Vivir, en esta ciudad o en cualquiera, es sobreponerse a uno mismo, hacerse su aliado aun cuando tu propio extraño lucha contra ti.

En los momentos más dolorosos he optado por el silencio, por el vacío y por la negación. Un muro con paredes hechas de horas y años ha sido la forma de estar a salvo. No obstante, a pesar del aparente detenimiento, es allí donde puedo escuchar mi propia voz en su forma más límpida y cristalina, sin ecos que la deformen.

No he sabido llegar a este lugar de otra forma. Por eso, y aunque parezca desbordado, han sido estas 25 columnas las que me han ayudado a romper un poco ese pacto silencioso. El trecho recorrido es minúsculo. Si lo miro desde la distancia sólo puedo tener la certeza de que me llevó muchos años sentarme un rato sobre esta piedra a contemplar cómo El Ávila, que es el límite de mi horizonte, se comunica en silencio conmigo.

Publicado el 28/12/20

Siempre seré

La muerte de Tito Rojas tiene significado para Caracas. En sus calles, en sus veredas, en sus casas y en sus edificios alguien tarareó o bailó alguna vez las canciones que interpretó y que nos traen recuerdos de esa ciudad convulsa de los años 90. Cuando una persona muere, suelen surgir varias voces: los que lamentan la pérdida; los que creen que no es para tanto y los que quieren borrar los recuerdos de la memoria de los apesadumbrados. Con Tito Rojas pasó.

Los que temen "contagiarse" de lo popular encontraron una oportunidad para deslindarse de cualquier asociación con la pobreza y el barrio, a través de la descalificación y de la burla. También están quienes consideran que la música de "El Gallo de la salsa", que fue conocida masivamente en Venezuela a principios de los 90, es menor porque surgió durante el boom de la llamada salsa erótica.

El miedo a lo desconocido siempre ha sido una motivación humana para reaccionar de distintas maneras ante el temor que le produce "eso" que los demás conocen, pero él no. Esta ha sido una oportunidad para ver estos fenómenos en las redes, pues posiblemente en las calles la gente no se siente obligada a sentar una posición que la separe del resto y la haga "única".

En una discusión interminable sobre los criterios de cada uno para apreciar o no algo, al final, y teniendo como fondo la música de Tito Rojas, uno reivindica lo que tiene algún significado individual y colectivo porque hacerlo le agrega un matiz más a ese fresco enorme que es nuestra identidad. "Dale pa' bajo".

Publicado el 04/01/21

El arbusto solitario

Durante todo el año, un arbusto solitario resalta en la pequeña porción de El Ávila que los edificios que se extienden por mi calle me permiten ver. Al acercarme a mi casa, suelo levantar la mirada buscándolo. Es una manera de sentirme en una zona conocida y, al mismo tiempo, poner la vista en ese punto lejano. La vida es así, queremos sentir seguridad sin perder la posibilidad de un escape.

Las veces que me he aproximado a la montaña, a la altura de San Bernardino, he visto mucho más de cerca al arbusto misterioso y me he hecho la misma pregunta que me hago cuando estoy más lejos: ¿por qué está plantado ahí solo sin otros árboles cercanos? Mi horizonte cercano está marcado por El Ávila, pues vivo en el norte de la ciudad.

Además del arbusto, suelo ver la neblina que se desliza caprichosamente por su curvatura o el azul que promete el jugueteo de las olas, del otro lado.

El primer domingo de este año decidí subir hasta donde el sol me lo permitiera. Siempre es necesario ver cómo vamos dejando la ciudad atrás, para entender su magnitud y nuestra pequeñez.

Ningún mecanismo se para, porque estamos a metros sobre el nivel del mar, viendo cómo se va la vida sin nosotros, de cierta forma. Cuando bordeamos el camino de la montaña, Caracas parece sacada de un sueño en el que los rayos de luz se posan en la fachada de algún edificio, en un claro o en la fila de casas de un barrio. Sin el ruido de los carros y de la gente, la ciudad se extiende como un cuerpo anestesiado, sobre una camilla, para que la examinemos.

Dentro de esa ruptura en el espacio y tiempo que es El Ávila, las preocupaciones parecen centrarse en caminar, dejarse envolver por la vegetación y estar alerta ante cualquier desconocido que no esté en la misma sintonía, sobre todo si eres una mujer sola. No deja de ser Caracas, aunque estemos en sus contornos. Más allá de la realidad, con la que siempre cargamos a cuestas, está esa oportunidad para perderse un poco y para pensarse fuera del entorno que nos hace ser nosotros.

Publicado el 11/01/21

La lluvia

La lluvia suele ser un fenómeno meteorológico incómodo en Caracas. A la mayoría nos invade una suerte de pánico colectivo a quedar atrapados en alguna de las escenas de caos que hemos visto tantas veces precipitarse sobre nosotros. La garúa es ya una señal de que lo mejor es no salir, porque podría pasar lo peor.

Más allá de resfriarse, el miedo es a mojar los zapatos al saltar lagunas, a quedar detenido por horas en una cola, a que el tráfico se vuelva hostil y a que haya que guarecerse bajo un techo provisional mientras pasa el aguacero.

Las postales románticas de vidrios empañados, tazas con bebidas humeantes y medias mullidas, son lejanas y muy referenciales. La lluvia para nosotros es huir.

La literatura y el cine se han encargado de hablarnos de unos chaparrones que se parecen poco a los nuestros, tan accidentados e imprevisibles. Los nubarrones avanzan hacia dónde estamos y la angustia empieza a dibujarse en nuestro rostro, sobre todo si se nos quedó el paraguas sobre la mesa, si nos arreglamos el cabello o si no tenemos el calzado más adecuado.

Es común escuchar a los profetas meteorológicos mirar al cielo y decir: “Ya está lloviendo en el Este, el aguacero viene para acá”.

Como caraqueña, trato de estar en casa cuando llueve. Es siempre un pequeño triunfo el “burlar” al palo de agua y haber cancelado los planes de ir a la calle.

Estos días de cielo nublado salí. Tenía el extraño ímpetu de caminar por una cuesta, a modo de lucha contra una adversidad intangible que sólo se vence al hacer algo tangible, que no necesariamente guarda relación. El cielo cenizo me hizo la advertencia, pero creí que podría ganarle una vez más al estado del tiempo. No fue así.

Mientras caminaba, la lluvia iba haciéndose más densa. Mi determinación era sólida y no quise detenerme a esperar a que pasara un poco. Conforme avanzaba, iba quedando más sola en la vía-cascada por donde subía. En un punto no veía carros ni personas. Con los pies encharcados y la chaqueta empapada, seguí. A esa altura, regresarse era perderse. No tenía una idea clara del porqué, pero tampoco tenía una razón para dejar de hacerlo. Ese día había sido particularmente pesado y sólo necesitaba abandonarme un poco y sentir que tenía sentido estar bajo la lluvia.

En este punto de la columna pienso en Marcos Vargas, el protagonista de Canaima, la novela de Rómulo Gallegos, y en su caminata delirante en medio de una tormenta. Recuerdo su grito retador de "se es o no se es".

Publicado el 18/01/21

Caracas la oscura

La iluminación pública eléctrica en Caracas está relacionada con el Libertador. En octubre de 1873, el día de San Simón, según Manuel Landaeta Rosales, se encendieron "varios aparatos eléctricos para el alumbrado", explica Guillermo José Schael *en Caracas, la ciudad que no vuelve*. Diez años después, cuando se cumplió el centenario del nacimiento de Simón Bolívar, se puso en marcha una "pequeña planta eléctrica movida por un motor de vapor" y se iluminó el Teatro Guzmán Blanco, actual Municipal, la calle del Comercio y los bulevares de Capitolio.

Cien años antes de la llegada de la electricidad, el alumbrado público era una cuestión individual. Cada familia ponía en la fachada de su casa un candil o un farol con sebo, aceite de coco, manteca o cualquier otro material inflamable que pudiera alejar un poco a los aparecidos y fantasmas penitentes que ronda-

ban por esta ciudad, que se ha caracterizado por ser bastante oscura. En esos tiempos, el miedo era a lo incorpóreo.

Hablando de este tema, nuevamente traigo a esta columna a la esquina Candilito, en Candelaria, que fue llamada así porque la luminaria señalaba el fin de la ciudad, hace doscientos años. Quien traspasara su umbral sabía que dejaba atrás la luz de lo conocido. Este pequeño recuento, con un caprichoso salto histórico, mantiene su continuidad sobre los mismos tópicos: la electricidad, la oscurana en la ciudad y los miedos.

La semana pasada caminé en la noche desde la estación del metro de Sabana Grande hasta la de Plaza Venezuela. Mientras iba por el bulevar, no hubo mayor problema. Los casi dos kilómetros de extensión están bien iluminados y el tránsito de personas genera confianza en el peatón. Sin embargo, al cruzar la avenida Las Acacias, el panorama cambió con un golpe sordo y oscuro, tal como ocurre cuando se llega a la estación Chacaíto.

Caracas, en esos pocos metros, se aleja. Mientras avanzaba sola, pensaba en uno de mis grandes afectos que una vez me citó de memoria las palabras de Cortázar durante la entrevista con Joaquín Soler Serrano, al hablar del suburbio de Buenos Aires, donde creció: “Una pésima iluminación que favorecía el amor y la delincuencia, más o menos en proporciones iguales”. Dudo que el romance se hubiera atrevido a tentar a las sombras de un trecho de la gran avenida de Plaza Venezuela, que, para más señas, queda en la misma manzana del Sebin. Simbólicamente es un pésimo mensaje.

La negritud de la noche, que no estaba tan avanzada, impedía que viera mis pies e incluso no alcanzaba a distinguir con claridad si la estación del metro estaba abierta o no. A esa altura, no sabía si devolverme, si empezar a correr o si entregarme a mis temores. Es un mal momento que podría cortarse de raíz con unos pocos bombillos, aunque la solución sea mucho más compleja. Las calles son nuestras, lo sabemos, pero las mal iluminadas nos alejan de ellas y se las acercan a quienes pudieran hacernos daño.

Publicado el 25/01/21

Reunión de condominio y Tuiter

Una reunión de condominio es lo más temido por cualquier persona sensata que considere que un debate entre propietarios es una escenificación en vivo, y sin posibilidad de silenciar la conversación, de las discusiones bizantinas de las redes.

Lo que comienza como un reconocimiento de los vecinos que tienen "derecho" a participar en tan selecto encuentro termina con una fila de dedos de la ignominia señalando en todas las direcciones.

Más allá del ambiente, la mayoría de las veces tenso y poco agradable, los argumentos que expone cada "propietario" para justificar determinada conducta u opinión, terminan engrosando el memorial de la infamia que alguien puede agregar a su registro.

Desde que se agudizó la crisis económica en el país, el edificio donde vivo ha sufrido sus embates: no hay trabajadora residencial, no hay fondo para gastos, el suministro de agua se ha vuelto muy irregular,

hemos tenido que asumir algunas tareas relacionadas con el mantenimiento de los espacios comunes y nos toca botar la basura a nosotros, entre otras cosas.

Con ese panorama, que debe ser común en otros edificios de Caracas, no hay muchas alternativas más allá de lamentarse cada día "por la calidad de vida perdida" o por lo fastidioso que es salir recién bañado con la bolsa de basura en la mano.

Si bien es evidente que vivimos tiempos mejores en el país y en el edificio, desde hace años hay un grupo de vecinos que ha tratado de resolver con la colaboración de quienes vivimos allí algunos temas impostergables. Volviendo a la reunión de condominio, hablé de quienes "hacen magia" para que la situación crítica en la que nos encontramos sea más leve.

Un ejemplo de ello es un rol de guardias que establecimos por piso para poner y quitar el agua. Al expresar mi parecer, rápidamente me insinuaron que estaba habituándome a no tener calidad de vida y que mi perniciosa costumbre iba a contagiar a los otros habitantes. Ese argumento, que me parece absurdo, es el mismo que leo en las redes cuando alguien habla de las soluciones en medio de situaciones apremiantes.

Es obvio que todos merecemos vivir en condiciones dignas, con los servicios esenciales y con calidad de vida, pero también está claro que en las situaciones difíciles suele haber personas que rápidamente van a la acción. No es una cuestión de señalar quién es mejor o más heroico y resistente, es sólo hacerse la vida menos dura, a la espera de tiempos más calmos.

Publicado el 01/02/21

Las ventanas

Las ventanas manejan un lenguaje propio que habla, sin proponérselo, de las cosas que sus dueños no quieren mostrar. Pareciera obvio que es un sitio para ventilar un poco de intimidad, para abrirse a los demás y para dejar que la realidad entre parcialmente en forma de rayos de sol, polvo, ruidos o imágenes en movimiento. También puede ser una forma de cortar contacto con el exterior al abrir una cortina, correr un cristal, cerrar un pestillo, bajar una persiana, apagar la luz o alejarse.

En Caracas, las ventanas no obedecen a un único patrón. Su estructura, tamaño, cantidad y detalles varía incluso en las viviendas de una misma cuadra, de un mismo edificio o barrio.

En la época colonial, la jerarquía social de la familia se conocía por el número de ventanales que tenía su casa. Aún recordamos las

historias sobre el papel importante que jugaron en las visitas clandestinas y en los escapes nocturnos, además de la descripción de las celosías, los barrotes, las cortinas pesadas y las hojas entreabiertas para dar paso a las miradas o las caricias furtivas. Las de ahora suelen estar enrejadas, más para evitar un robo que para impedir que alguien se escape, aun sin estar al nivel de la calle.

Es interesante caminar y observarlas detenidamente. Los objetos que suelen estar en ellas son un rápido parpadeo de quienes habitan un espacio determinado, sus gustos y los objetos que quisieran afuera de sus linderos: matas, ropa, cristales rotos o sucios, juguetes de niños en desuso, trapos solitarios, abuelos al sol, mascotas, rostros agrios, manos con cigarrillos, aires acondicionados, bicicletas, adornos para ser contemplados en el exterior. La lista es interminable.

En Caracas es raro ver a alguien asomado. Uno supone que hay poco tiempo para ello, que hay muchas cosas que hacer en casa o que el exterior dejó de tener atractivo ante las opciones virtuales. Pareciera que en algún momento decidimos no relacionarnos demasiado con eso que pasa afuera.

En las noches, el panorama cambia y es posible ver a contraluz atisbos de intimidad. Las sombras que se acercan, se distancian y que emiten voces en un ambiente ocre o azulado se funden con los ruidos de la noche. A veces uno se pregunta si un observador, que puede mirarnos sin ser percibido, piensa que sólo somos unos animales enjaulados.

Publicado el 01/03/21

El ejercicio de ser un anónimo

Sabemos que caminar por los lugares habituales es abrirle la posibilidad al encuentro con alguna cara conocida. Caracas es más pequeña de lo que pensamos y nuestros gustos, zona residencial o laboral, edad y afinidad política hacen que la ciudad sea casi del tamaño de la palma de la mano.

Cruzarse con alguien y saludar no es algo extraordinario, forma parte de pertenecer a una comunidad y de ser contemplado como su miembro. Las redes nos han alejado de esa microrrealidad para aproximarnos a un mundo digital infinito donde todos sabemos de todos, aunque nunca hayamos estado en un mismo espacio físico ni sepamos cómo es el tono de voz de esa persona con la que tanto hemos interactuado. Los usuarios terminan siendo anónimos muy reconocidos cuyos pensamientos podemos leer 24 horas, todos los

días del año. ¿Agotador, no?
Pero volviendo al entorno donde nos movemos, suele suceder que sabemos más datos de la gente más lejana de nuestra casa que de quienes nos circundan. Una suerte de muro nos separa de lo que ya está demasiado próximo, para poder conservar eso que guardamos.

Todo esto es a propósito de un camino desconocido con el que me topé una tarde cuando subí a El Ávila. Mientras avanzaba, recuerdo oír el canto de algunos pájaros y el sonido de "algo nuevo" que atrajo totalmente mi atención. No ocurría nada extraordinario, sólo estaba allí por primera vez, inaugurando una realidad. La quietud también puede escucharse. Caminé unos tres kilómetros y conforme entraba en esa zona custodiada por árboles, sentía el peso liberador de mi anonimato en ese momento.

Pude dejar a Caracas sin salir de ella. Es cierto que también sentía temor: no formar parte de algo hace que seamos vulnerables, porque no manejamos el código común. Además, una mujer sin compañía siempre debe estar alerta ante cualquier señal.

Con mi anonimato encima, seguí un poco más y pude sentirme verdaderamente sola. No había nadie más que yo. Esa tarde tuve una oportunidad de abandonarme y de dejarlo todo, sólo para querer regresar, ante la incertidumbre de aquel otro lado.

Publicado el 08/03/21

Mujeres en alta

No necesitas hacer nada para ver a una mujer trabajadora en Caracas. Es una forma de afrontar la vida que no suele ser una elección: hay que salir a frentear, a batirse o a bailar con todo aquello que te sale al paso, porque la lucha no toca tu puerta, sino que te espera en cualquier rincón.

Es inevitable pensar en mis mujeres: mi madre, mis abuelas, mis amigas. Ellas lo pusieron todo sobre la mesa, con esa energía que las impulsaba y que les impedía parar. Fueron fieles a lo que creían y no claudicaron ni en los momentos más oscuros. Las admiro porque me sé tambaleante.

Aún escucho el taconeo de mamá, pienso en el cansancio producto de su doble jornada, en mi propia incomprensión de lo que significaba trabajar y tener hijos. Nunca paró de correr, de extender su

limitado tiempo para que se hiciera ilimitado para nosotros.
Son las mujeres las que llevan el CLAP de mi cuadra como una orquesta afinada, las que dan un paso al frente cuando hay que resolver un problema comunitario, las que te escuchan y las que te sonríen cuando hablas desde la voz de tu inexperiencia.

Pienso en mis amigas, en lo que nos ha tocado afrontar en este tiempo. En la permanente demostración de fuerzas que se impone en un mundo capitalista hecho a la medida del patriarcado; en las situaciones de conflicto en las que nos vemos envueltas para que claudiquemos, para que nos miremos con recelo y creamos que sólo las más bellas o las más obedientes, serán tomadas en cuenta.

La competencia busca imponerse como un valor para desplazar a la solidaridad, al entendimiento que tenemos de nuestras propias realidades.

Pienso también en las veces que nos menospreciaron por nuestro exceso de ideas o por la falta de ellas.

Esa falsa creencia que nos implantaron de que tenemos que dominar todas las circunstancias y escenarios para demostrar que sabemos lo que hacemos, como si siempre estuvieran en duda nuestras capacidades.

También nos rodea la violencia, de cualquier tipo, la percepción de nosotras como el reducto de las frustraciones masculinas y la banalización de nuestras emociones.

Nuestros monstruos no vienen de afuera, pero han sido creados en

la mente de quienes nos quieren atomizadas, dispersas, decepcionadas y sin ideales. Ser mujer, más allá de los cantos a la belleza y a la capacidad de amar, es un descubrimiento constante del valor de lo verdadero en medio de un juego de sombras.

Publicado el 15/03/21

Caminar por Caracas

Cuando no es el momento de responder algunas preguntas, lo mejor es salir a caminar. En ese proceso surgen otras maneras de pensar que, aunque toman elementos de la cotidianidad, recorren otros senderos, se van por algunos atajos, encuentran encrucijadas y hasta finales de la vía. Cuando hablo de este tipo de caminata, no me refiero a la que hacemos cuando nos desplazamos de un punto A a uno B con un fin específico.

Aunque con cierto tipo de traslados llegamos a un lugar tangible determinado, eso no es lo más importante. Vale más el viaje. No hay que agregar mucho sobre el año obligadamente casero que vivimos y que aún extendemos.

Nos dimos cuenta de que nuestro entorno conocido y entrañable fue convirtiéndose en una jaula de la que sólo nosotros tenía-

mos la llave. La vida es parte de eso: soñar con volver a casa y no querer estar en ella.

Caminar solo no tiene que asumirse como un atormentado diálogo interior o una oportunidad para el aburrimiento, es más bien el espacio para abrir otras conversaciones con el entorno, una forma de ver los mensajes que no solemos atender por estar demasiado ocupados en nosotros mismos.

No es lo mismo recorrer trechos de El Ávila que lanzarse a esquivar obstáculos o peligros en una avenida, es obvio. Vivir en Caracas y quererla como tu ciudad no es un lienzo en blanco para una idealización indulgente. Es tratar de entender sus inmensas posibilidades y bordear sus limitaciones y riesgos, tal como pasa en nuestras relaciones humanas.

Una fallida subida a El Ávila se convirtió en esta columna pensada desde el parque Ezequiel Zamora, más conocido como El Calvario. Mientras caminaba recordaba las cuestas que tiene Caracas y los niveles de inclinación de sus calles y avenidas.

Somos como corrientes de agua bordeando las faldas de la ciudad para verternos en la relativa planicie del valle. Recuerdo haber leído que si te ubicas en un punto del norte de la ciudad puedes ver en línea recta hacia el sur. Esto es muy cierto.

Desde alguna esquina de Altagracia, a pesar de los edificios, puedes llegar con la mirada a San Agustín como si estuvieras a punto de lanzarte por un tobogán. Desde San Bernardino hasta El Silencio el cambio es enorme: pareciera que en esos 7 kilómetros reco-

rres otro lugar. Van mermando los árboles, cambian los rostros, las posibilidades materiales y se cristaliza eso que llamamos ciudad en movimiento. Puedes tomar la avenida Panteón, saltar a una parte de la Urdaneta, ir un poco por la Baralt y advertir la Sucre. Muchas grandes vías en tan poco trecho. Arriba, la altura en El Calvario permite distanciarte, pero sólo un poco. Es una manera de ver tu caos de manera cenital, como si eso te hiciera controlarlo de alguna manera.

Publicado el 29/03/21

Hacer una pausa

A veces salgo a caminar para no escucharme. Es una manera de surcar con pasos y sudor estos días tan complejos, en los que sentimos más de cerca el aliento de un peligro desconocido y de la muerte.

En esta segunda ola del coronavirus cuesta mantenerse incólume, mientras escuchas que alguna familia quedó con una grieta en sus cimientos por la pérdida de un miembro.

Sentirse cercano a quien sufrió un duelo es algo que sólo comprende de quien pasó por él. Toda la empatía del mundo no alcanza a penetrar la sustancia del significado del cruce de miradas entre dos personas que tuvieron una pérdida: es un lenguaje donde se mezcla el recuerdo del dolor y la comprensión inmediata.

Dos animales que se saben heridos y que se lamen para aliviarse. La sombra de la ausencia sólo deja pasar la luz tiempo después, cuando tanto sentimiento removido comienza a asentarse, a enderezar el tronco e incluso a florecer. Cada proceso es único y merece el acompañamiento desde el verbo o la acción. Dejar a alguien solo en ese momento es dejarlo solo dos veces.

Después de la muerte de un ser querido se abre un inmenso libro de preguntas que no cesan, de posibilidades que no fueron, de cosas que debieron decirse o hacerse, de vacíos. Es un camino largo que lleva a lugares inciertos y no siempre agradables. Es una ruta escarpada e impostergable.

Estos días hemos oído cada vez más frecuentemente que una persona cercana o conocida falleció producto del covid-19. Saberlo es una alerta en varios frentes: tratar de cuidarse más, lamentarse por una muerte y sentir que el camino del duelo, y todas sus consecuencias, comienza en algún lugar.

En estos días sólo pido respeto por quienes hacemos una pausa y no le concedemos esta ronda a la alegría. Los sentimientos son tan variados que su incomprensión sólo genera rechazo. No hemos perdido la esperanza, sólo nos hemos sentado un rato a verla en la distancia. A los que me leen y se identifican con lo que escribo, les hablo desde la voz de quien tiene una ausencia muy presente. Para ustedes mi palabra cercana y fraterna.

Publicado el 05/04/21

“Yo vine para regresar”

Muchos años se nos pasan sin ver los atardeceres. A veces sentimos que no hay tiempo, que no tenemos una buena ubicación para alzar la vista o que sólo los románticos ceden ante el crepúsculo. Ver el degradé de colores que precede la noche, en una ciudad llena de edificios, no es tan fácil.

El todo queda recortado por torres de concreto, ángulos rectos, líneas quebradas y muros infranqueables. Constantemente libramos peleas por ver un trocito de cielo. Sólo quienes están en los puntos más altos, sin mayores obstáculos visuales, pueden tener esa composición de conjunto de la que se privan los que caminan y ven pasar sus días metros más abajo.

Una vez, un amigo fotógrafo hizo que nos detuviéramos para mirar la luz que bañaba una esquina. En ese momento me pareció una

acción inesperada, pero con los años se transformó en una revelación. Supe que todo el tiempo había visto cómo los rayos del sol iban desvaneciéndose, con el esplendor del último día, sin prestarle verdadera atención; algo así como entrar al metro, bajar las escaleras y ubicarse en el andén correspondiente.

Parece obvio pero la luz no se aprecia hasta que te detienes a hacerlo y la contemplas de manera consciente viendo cómo sus tonalidades modifican el espacio, al igual que las sombras, que son su complemento indivisible.

Una leyenda pemona habla sobre la pérdida diaria que sufre el sol. Una mujer que intenta acompañarlo cada día termina desvaneciéndose. Su desdicha finaliza cuando llega una que permanece con él durante el día, pero que se ausenta del atardecer hasta el amanecer. “Yo vine para regresar”, le dice cada vez que se despide, antes de que lo cubra toda la capa aterciopelada de la oscuridad. Nuestros antepasados le dieron muchísimas explicaciones a esa batalla diaria entre un día que muere y una noche que comienza su reinado finito mientras hay pocos testigos.

En varias de sus interpretaciones queda plasmado ese acuerdo temporal entre la luz y la oscuridad, como si en el firmamento sólo viéramos reflejados nuestros propios conflictos internos. En la realidad citadina es interesante mirar al horizonte y percibir el ocaso, en el oeste; mientras que el este va quedando en la penumbra.

Caracas, con esa línea limítrofe de luz, se transforma es un espectáculo de belleza que está ahí para quienes levantan un poco la cabeza o para los que buscan su propia atalaya. Ver y sentir el atardecer

permite alejarse por unos instantes de lo cotidiano y llevar la mente a lugares lejanos e inexplicables, donde nuestras emociones se arremolinan, ya exhaustas.

Mirar al horizonte, recorrer con la vista las montañas y sentir cómo los últimos haces luminosos acarician los edificios, los bloques, los techos y la punta de nuestra nariz, es lo más cercano a esa eternidad que vino para regresar.

Publicado el 26/04/21

El autobús

Tarde a tarde, en el autobús Magallanes-Chacaíto, viajan los nostálgicos. El rugido de esa bestia de latón suena como el tiempo que se fue bajo las ruedas. El torniquete, ese guardián de metal oxidado, vigila a quienes suben. Algunos burlan su presencia y lo saltan. Las manos del conductor, curtidas por los años, sueltan el volante para recibir y dar los billetes.

Entre los pasajeros hay mujeres con el rostro cansado que suben con bolsas y que luchan por no perder el equilibrio en una zigzagueante caminata. También hay hombres que no pueden ocultar la marca que deja el trabajo duro en cada uno de sus pasos.

En los asientos sólo se ven cabezas canosas y manos furtivas que pellizcan un pedazo de pan, que traza una línea irregular de migas sobre el pantalón, para masticarlo lentamente.

En el autobús el tiempo se detiene a pesar de que el movimiento no cesa allá afuera. Allí, a diferencia de otros medios de transporte más modernos en Caracas, generalmente existe un pacto: quienes no tienen para pagar el pasaje, previo acuerdo con el conductor, pueden saltar el torniquete de la parte de atrás y sentarse en los últimos puestos.

Los asientos los comparten hombres y bolsas negras. Barbas, sonrisas sin dientes y miradas vidriosas se quedan en la llamada cocina de los Mercedes Benz que ruedan desde el año 64.

Con la pandemia, los viajes han dejado de ser urgentes y los rostros parcialmente cubiertos con el tapabocas se han vuelto inexpresivos. Las calles van quedando atrás y los viajantes parecieran ver cómo su otra vida va desapareciendo ante sus ojos.

Es este un tiempo sin prisas donde casi nadie tiene demasiado apuro por llegar a algún lugar. En una ventana, algún pasajero mira cómo los árboles y edificios van formando una línea quebrada que pinta el paisaje de la cotidianidad.

Las esquinas, los parques cerrados, los montones de basura y los vendedores ambulantes son una parte de ese todo que se refleja en los cristales. En los autobuses no suele haber música, como si hubiera una especie de pacto entre el conductor y quienes viajan en él para que cada uno interprete desde su asiento su propio monólogo interior. Rodar también es pensar.

Publicado el 19/07/21

Caracas-La Guaira

Uno no sabe que pudiera ser el reverso hasta que está en el anverso y mira hacia su lugar. O tal vez sea al revés. Lo que es obvio necesita ser contemplado para tratar de entender su obviedad. Hace unas semanas estuve en La Guaira por pocos días.

Una madrugada, me levanté a ver el amanecer y tuve que girar la cabeza hacia un lado no habitual. El espectáculo del rojo incandescente que pareciera surgir del mar embruja a quienes solemos ver el sol en disputa con los ángulos rectos de los edificios en Caracas, que pareciera querer impedir su llegada a la ciudad.

Cuando estoy en El Ávila también espero la puesta de sol, que ocurre, como sabemos, en el oeste de la capital. En ese caso, una agónica luz va tratando de impregnar el ladrillo y el concreto para terminar desapareciendo en la montaña. Pareciera que el día no quisiera

irse, pero inevitablemente tuviera que hacerlo, para cumplir otros compromisos, en lugares distantes.

El hecho es que las observaciones del alba y el crepúsculo, así como lo habrán hecho hace miles de años quienes nos antecedieron, permite saber dónde estás y hacerte preguntas.

La primera observación obvia es que sólo con atravesar una autopista y entrar al vientre de la montaña se pasa de estar en el norte de Caracas, donde vivo, al centro-norte del estado La Guaira, en Macuto, donde me quedé. Esa pequeña modificación hace que el sol salga y se oculte por otros lados. El nuevo norte es el infinito del mar y la vida que ocurre más allá de nuestro territorio, y no de El Ávila, siempre presente.

Desde Macuto uno mira hacia la montaña y trata de descifrar a cuál parte de Caracas corresponde. Además, es asombroso el cambio de paisaje tan abrupto que ocurre sólo por estar separados por esa elevación rocosa que crea la sensación de cobijo en el valle donde vivimos. En Caracas suelo mirar al Waraira Repano para saber dónde estoy o para ubicar dónde está el norte; en Macuto sólo miro la montaña para tratar de intuir dónde podría estar la ciudad que dejé atrás.

Es curiosa esa búsqueda de lo que somos para sentirnos parte de algo, aun estando tan cerca. Ya en el capítulo de la imaginación, también se piensa cómo sería Caracas sin la montaña y qué sería de nosotros teniendo un lejano mar como horizonte. ¿Habría la misma sensación de protección?, ¿sentiríamos nuestros límites más difusos?, ¿los conquistadores se hubieran hecho con la ciu-

dad más rápidamente?, ¿cómo estaría distribuida tanta planicie? No tengo la respuesta y me gustaría saber lo que piensa un guaireño de vivir en el anverso, o reverso, de una realidad. ¿O tal vez seamos nosotros, los caraqueños, los que estamos en la otra cara de la moneda?

Publicado el 26/07/21

Otra Caracas de Bolívar

Si bien es cierto que esta columna hace honor a Caracas, mi ciudad, hoy no quise hablar del aniversario de su fundación porque sentí que podría repetirme y terminar diciendo lo mismo de los últimos meses.

Con esta muy breve exposición de motivos no busco dar un giro original a este escrito, en tiempos donde el acceso a internet hace que cualquier intento de novedad termine siendo una sucesión de textos en nado sincronizado.

Tiempo atrás me topé con la *Elegía de Cuzco,* una carta que le escribió Simón Bolívar a su tío Esteban Palacios y Blanco, a propósito de su vuelta a Venezuela, 40 años después de su partida. En el fragmento que comparto, de este documento del 10 de julio de 1825, el Libertador le explica a su tío lo que encontrará, tras años

de guerra y devastación, que incluyen el terremoto de 1812 y la casi década del Decreto de Guerra Muerte.

El panorama de esa Caracas de 1825 no es el mismo de ahora, aunque muchos insistan en ver sólo ruinas donde también hay enormes esfuerzos para seguir. Como demostró la historia, incluso en esa situación calamitosa, nos levantamos y nuestra existencia es prueba de ello.

Hemos enfrentado (y enfrentamos) otro tipo de guerra donde, como sabemos, el enemigo no sólo viene de afuera. Sin embargo, y como escribe Bolívar, hoy podemos decir que tenemos una ciudad resplandeciente de libertad. "Mi querido tío: Vd. habrá sentido el sueño de Epiménides; Vd. ha vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable, de la guerra cruel, de los hombres feroces. Vd. se encontrará en Caracas como un duende, que viene de la otra vida y observa que nada es de lo que fue. Vd. dejó una dilatada y hermosa familia; ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: Vd. dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y Vd. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. Vd. se preguntará a sí mismo ¿dónde están mis padres... dónde mis hermanos... dónde mis sobrinos? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre por el solo delito de haber amado la justicia. Los campos regados por el sudor de trescientos años, han sido agostados por una

fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas? Se preguntará Vd. Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de Libertad, y están cubiertos de la gloria del martirio. Este consuelo repara todas las pérdidas, a lo menos, este es el mío, y deseo que sea el de Vd".

Publicado el 02/08/21

Cota Mil

Todos buscamos lo mismo, sin saber muy bien dónde está o qué es. Mientras se camina por la Cota Mil un domingo, cuando está cerrada para el tránsito de vehículos durante medio día, una ciudad distinta en su zona más norte se deja ver por unas horas.

Hay caminantes solitarios o acompañados. Los perros dominan la escena, las bicicletas y las patinetas cortan el viento de la tranquilidad. Mientras se sigue por la curva que acaricia la falda de la montaña, las ideas comienzan a perder su peso, como si en ese lugar la gravedad hiciera una pequeña concesión para atraer con menos fuerza los pensamientos pesados que nos acompañan durante toda la semana.

A veces pareciera una decisión desesperada salir de lo cotidiano para perderse un rato en ese lugar donde poco importa el otro tú,

ese que se desplaza dentro de la ciudad y que no tiene tiempo que perder. Poco interés tiene tu versión ocupada que debe resolver problemas que le saltan encima.

Cada quien está en el pequeño momento de su otro ser y la escena parece acompasada pues, aunque hay ritmos diferentes, la necesidad de hacer un paréntesis es generalizada. No es la Cota Mil un lugar para evadir los problemas, es más bien un sitio para plantearse otros más inmediatos: ¿hasta dónde sigo?, ¿cuántas horas caminaré hoy?, ¿mejoraré mi tiempo en la bicicleta?, ¿lloverá o sólo estará nublado? Un espacio que le gana por un lapso a los carros suele ser una conquista.

No es lo mismo cruzar velozmente por esta vía que caminarla sin la premura de llegar. Lo importante aquí es el viaje, no el destino. Las actividades al aire libre, que pueden ser deportivas o de entretenimiento, son una manera de darse una mano en medio de la incertidumbre, la preocupación o los estados de ánimo cambiantes, que han caracterizado a esta pandemia que aún no termina.

Sólo ver un árbol, sentir la tibieza del sol, jugar o ver la ciudad detenida a lo lejos, es una experiencia sensorial gratificante. El caminar, montar bicicleta, correr, con fines competitivos o no, es la oportunidad de abordar nuestros problemas de una forma tangencial, y que no implica ir directo a la raíz, pero que apunta directamente a nuestra salud metal, y por supuesto, física.

Publicado el 09/08/21

Otro artículo sobre los huecos en Caracas

La columna de hoy no trae novedades, es más bien la repetición de esos escritos que abordan de un tema siempre vigente y presente en Caracas: los huecos. Hablo desde mi experiencia de peatón y de eventual ciclista.

Mi radio de acción comprende el centro de Caracas y abarca tanto las calles y las aceras, que también están roídas. Más allá de describir esas troneras que hacen que las parroquias como Candelaria, Altagracia, Santa Teresa, Catedral y San Bernardino parezcan un mapa hidrográfico, me centraré en lo que parece el punto y círculo fallido de algunas instituciones públicas.

Aunque cerca de mi casa hay varios ministerios, hablaré sólo de uno. En la cuadra que conduce a él, taparon los huecos, pavimentaron las aceras, pusieron alumbrado público y mobiliario urbano

nuevo. Cuando paso por ahí, es como estar en Hollywood: soy como una estrella rutilante que camina por un sitio libre de baches y muy iluminado. Me siento confiada y segura. Esto está muy bien, lo que beneficia a mi parroquia, nos beneficia a todos. Pero esa burbuja se rompe inmediatamente al salir de esa cuadra.

Menos de 20 metros después empieza la sucesión de huecos, lugares mal iluminados y pavimento en estado lamentable. Mi vida transcurre por esas cuadras y sé que no estoy exagerando cuando hablo sobre cómo están. Ahora bien, alguien pensará que este tipo de escritos se diluyen en la nada o que, en esta ciudad, que sobrevive a varias guerras, hay temas más prioritarios. Estoy de acuerdo con ambos planteamientos, pero sigo sin entender por qué sólo se atiende de manera integral la calle donde está un ministerio. Pienso que debería buscarse la posibilidad, con la participación de la comunidad y de los comerciantes de la zona, de hacer algo más allá de la cuadra por donde pasa el titular de una institución, porque finalmente nosotros, los que habitamos en un lugar, somos quienes le damos vida.

Publicado el 16/08/21

Caracas, de sur a norte

Hace unos días estuve de visita en casa de una amiga, que vive en el sur de Caracas, y que lo contempla todo desde su ventanal. Vivo en el norte y suelo ver, a lo lejos, con el río Guaire de línea fronteriza, el lado opuesto.

Pocas veces voy al sur. No por alguna razón especial, sino porque mis actividades ocurren entre el centro y el este. Es posible que algo similar le ocurra a quienes viven después del Guaire: no tienen muchas cosas que hacer de este lado y por eso no traspasan esa frontera invisible.

Las veces que puedo mirar al horizonte, sin edificios inmensos que me lo impidan, me descubro viendo con anhelo hacia el sur. No porque desee vivir en esa zona, casi desconocida para mí, sino porque es la parte inalcanzable para mí. Me siento como quien vive en

la costa, o en una isla, y observa las luces a lo lejos, en el mar silencioso. Ese horizonte es una promesa de algo que no es nuestro y que, inevitablemente, nos devuelve la mirada para preguntarnos o para mostrarse pleno sin nosotros. Es una manera de decirnos: este otro lado, esta realidad, existe sin ti.

Cuando atardece y veo desde El Ávila cómo la luz cae caprichosamente sobre las montañas del sur pienso en esas otras vidas que están viendo o sintiendo cómo los últimos rayos del sol van despidiéndose, mientras trazan líneas diagonales sobre la mesa, un muro o a través del cristal de una ventana.

Esa tarde en casa de mi amiga pude invertir la fórmula habitual y ver desde el sur hacia el norte. La sensación, a pesar de la lejanía y de ese nuevo horizonte, era distinta. En esta oportunidad no había un anhelo por adivinar lo que estaba del otro lado porque en líneas muy generales, lo sé.

Esa vez me sentí viendo el reverso de una realidad: “Ah, así se ven las torres de Parque Central de espaldas”, me dije. Esta también es Caracas y yo vivo en ese pequeño punto gris que se diluye. En este caso, lo que privaba era el tratar de distinguir los lugares que conocía, los lugares donde ha transcurrido mi vida y la de mis afectos.

Publicado el 23/08/21

La plaza de los Museos

Como si fuéramos moscas al sol, transcurrían nuestras tardes en la plaza de los Museos. Mis amigas y yo podíamos pasar horas hablando sentadas en los escalones que la circundan y fumarnos mil cigarros, intercalados con algún helado de coco. Desde nuestro rincón veíamos a todos los que llegaban a la plaza, que también era conocida como "La redonda": jugadores de fuchi, capoeirista, ciclistas, patineteros y uno que otro malabarista. En fin, gente muy activa que contrastaba enormemente con nuestra inactividad. Una de mis amigas era novia del encargado de guardar la malla del fuchi, al final de la tarde. Como muestra de solidaridad femenina, nos quedábamos con ella durante buena parte de las partidas que se hacían los domingos para esperar a que él doblara la malla, la guardara y fuéramos un rato al Rajatabla a continuar con el letargo.

Juan, una de las estrellas de la plaza, tenía dos novias: una que es-

tudiaba medicina y otra extranjera que no hablaba bien español. Habría que aclarar que esta información la manejaba mucha gente menos las dos muchachas. Siempre nos había asombrado su capacidad para alternar ambas relaciones. Para nosotras, que a duras penas podíamos lidiar con un novio, por allá en los tempranos 20, su destreza generaba admiración y reprobación, en proporciones iguales.

Una de esas tardes, la plaza quedó paralizada por unos minutos. Todos esos cuerpos activos habían disminuido sus movimientos de rutina y se habían vuelto torpes. Había silencios prolongados, miradas esquivas y una corriente circular que nos arrastraba a todos a ninguna parte. No sabíamos qué pasaba. Alguien llegó como si sostuviera una olla con agua caliente y nos dijo: "Juan está escondido porque las dos jevas vinieron a buscarlo al mismo tiempo".

A estas alturas habría que recordar que ninguna de los dos sabía de la existencia de la otra. Todos, aunque no formáramos parte de la escena principal, parecíamos dispuestos a actuar para que las dos chamas nunca se encontraran (o para que sí). Las emociones variaban con cada golpe de la pelota de fuchi contra algún zapato. Dice la leyenda que finalmente se encontraron los tres. A nosotros, el reparto, no nos tocó verlo.

Publicado el 06/09/21

La mejor paella

Esta semana alguien me comentó en las redes que estaba en mi parroquia y que no sabía dónde comer un “cachito decente”. No pude ayudar porque desde hace años no desayuno en las panaderías cercanas y las habituales las uso para comprar pan, eventualmente.

La razón es que no acostumbro a desayunar fuera de casa, a menos de que sean empanadas, que son mi debilidad. Sin embargo, cuento esto porque entran en juego otras cosas, que van más allá de esta anécdota personal.

A algunos nos pasa que no solemos “hacer vida” en nuestra parroquia. Ajá, ¿y cómo es eso? Generalmente resolvemos todo lo cotidiano en nuestras calles, sin embargo, a la hora de “hacer algo diferente” nos aventuramos a otros lugares. Tal vez necesitamos la

sensación de paseo, de salir un poco de nuestro entorno y de encontrar afuera algo mejor o distinto. No siempre pasa, pero es la apuesta.

Esta semana me encontré a dos amigos que vinieron de Caricuao a Candelaria a comerse un helado de un sitio que les gusta mucho. Cuando les pregunté la razón para atravesar la ciudad, me dijeron que en su parroquia no han encontrado un sitio igual o parecido. Es un ejemplo extremo, pero ilustra un poco lo que quiero decir.

Candelaria es una zona con inmensa actividad comercial. Si me preguntaran por lugares para comprar artículos para el hogar, verduras, supermercados, quincallas, tiendas de ropa o centros comerciales, podría hacer un mapa mental con recomendaciones basadas en la experiencia. Esto no ocurre cuando me preguntan por "la mejor paella", por ejemplo.

Esta parroquia se caracterizó por ser un referente de la comida española. En su zona más antigua siempre había gran movimiento de personas que iban a comer a las tascas, generalmente atendidas por inmigrantes con décadas en el país, y sus descendientes. El atractivo era probar la cocina gallega, vasca o asturiana. Con la crisis económica, los locales de ese tipo cerraron, sus dueños regresaron a sus sitios de origen, modificaron su actividad comercial o resistieron con la poca clientela que mantuvieron.

La pandemia fue otro quiebre en el que algunos empezaron a vender las verduras que en otros momentos usaban para elaborar sus platos. Ahora estamos en otra etapa. En la parroquia hay un florecimiento del comercio. He visto las calles con un bullir que no ha-

bía desde hace varios años. Aún no tengo las respuestas sobre las razones. Más allá de eso, he vuelto a ver movimiento en las tascas, cuyos precios nunca han sido modestos. Sigo sin saber dónde está la mejor paella ni el mejor cachito, pero las cosas buenas que pasan en Candelaria son buenas para todos.

Publicado el 13/09/21

Sentarse

A veces es necesario parar y sentarse. Cuando lo haces, el mundo se detiene unos segundos, mientras suena un suspiro, y la cabeza se pone en orden. Los pensamientos necesitan una pausa. Además, estar en las sillas conocidas de tu casa puedes probar en los escalones del edificio, en un muro, en el asiento de una camionetica, en el banco en alguna plaza o en la terraza de un restaurante.

En cualquier sitio habrá una razón (o más) para hacerlo. El gusto de sentarse, además de ser una oportunidad para el descanso, es una forma de pedirle una tregua al tiempo mientras encuentras una forma de engañarlo, o al menos intentarlo. En Caracas cualquier lugar con un poco de sombra es adecuado.

En algún banco de una plaza empiezas a ser testigo de ese micromundo donde suele haber niños, abuelos, parejas y mascotas. Es

difícil encontrar algo que no se pueda hacer allí: conocer a alguien, hablar sobre temas ligeros o complejos, esperar a algún conocido, darte un beso, discutir, comer, sacar cuentas, mirar al cielo, jugar con un niño.

Se abre la puerta de la conversación, de las ideas masticadas, digeridas y compartidas en un ambiente neutral. Dos o más personas sentadas hablando invitan a unirse, así no las conozcas. La teatralidad de sus gestos y el peso que adquieren las palabras, que son las protagonistas, tienen un secreto atractivo para cualquiera que disfrute el hablar con los otros. Seguramente te ha pasado y te has detenido un poco a tratar de escuchar qué dicen para dar tu veredicto o tu opinión en un diálogo interior que proyectas hacia los hablantes. Otra cosa pasa cuando te sientas solo, sin conversación de por medio. En este caso el diálogo es contigo. Te quedas mirando hacia algún punto, evalúas las opciones, te tomas un café, escuchas alguna canción y descubres que estás en un lugar donde tienes tu propia compañía.

Publicado el 18/02/23

Pérez Bonalde en moto

La mañana de ese sábado comenzó inesperadamente conmigo subiendo a un mototaxi desde la esquina de mi casa, en Candelaria. Tenía que llegar a un destino que había evadido por semanas: el odontólogo. El desconocido y yo debíamos rodar hasta Pérez Bonalde. Esa corta experiencia cambió mi percepción sobre esta ciudad.

El viaje arrancó por la avenida Urdaneta, que es parte de mi cotidianidad. Cuando vas de copiloto en una moto aparece por cada lado una sucesión rápida de camioneticas, carros y motorizados. Más que figuras definidas, percibes líneas fugaces de diferentes colores que vas dejando atrás. En tu pequeñez de motorizado, te topas con la contundencia de los vehículos y el pasado queda atrás, totalmente diluido.

La discusión sobre la relatividad del movimiento no forma parte de este escrito, pero es un buen momento para preguntarse si un motorizado tiene ante sus ojos una obra de arte cinético o más

bien es parte de ella. Se supone que es el observador quien percibe esa ilusión de movimiento, pero habría que pensar qué ve la pieza plástica.

Todo esto, obviamente, puede ponerse en limpio cuando ya te has bajado. Mientras ruedas, sólo está encendido un mecanismo de alerta que privilegia las acciones y reacciones. Las decisiones son rápidas, los giros inesperados y el pavimento sólo apunta a una sucesión de líneas que trazan un futuro tan cercano como efímero.
El movimiento es de vaivén entrecortado. Tu trayectoria no termina de ser una curva que se extiende de un extremo a otro, porque siempre aparece un obstáculo que interrumpe el trazo. Las rodillas se transforman en el límite invisible que separa al yo-moto del yo-entorno.

Un amigo motorizado habla de la situación de disfrute y tensión que se combina hasta volverse placentera. Sin embargo, cuando no viajas frecuentemente en dos ruedas, la secuencia de imágenes es desafiante, porque eres más consciente de la fragilidad de tu piel, que es una armadura cálida y suave de protección.

Mientras veía cómo dejábamos atrás la Urdaneta, el conductor se movía con la agilidad y ondulación propias del nado. Teníamos una conversación cuyos temas iban esfumándose como las líneas blancas en el asfalto caraqueño. La cercanía de algún carro o camionetica era una amenaza.

El mototaxista atendió una llamada en pleno traslado y se puso el celular en la trabilla del casco para hablar con tranquilidad. Le preguntaba a su interlocutor por cosas que no podía entender

porque dependían principalmente de las respuestas que no podía escuchar.

Era temprano y alcanzamos rápidamente la avenida Sucre. Para el nudo habitual que se forma después de Miraflores, este parecía un sábado perezoso que no se había levantado. Él me decía que se podía ir a Catia aún, porque era transitable, pero que después de las 10:00 de la mañana, no iba para allá ni loco.

Posiblemente no volvamos a encontrarnos. La relación con la calle, bajo su perspectiva, es indescifrable para mí. Nos movemos de formas distintas. Cuando los motorizados pasan cerca, suelo estar detenida esperando que cambie el semáforo, caminando con premura o corriendo, si cometen una infracción que me afecta. Su entorno es muy competitivo y suele imponerse la ley del más fuerte, del más ágil o del que tiene un vehículo de mayor tamaño. El peligro, como el esmog adherido a la ropa, es constante.

A la altura del parque del Oeste Alí Primera aún el tránsito era fluido. Todavía se trataba de un caos conocido. No sabía que metros más adelante empezaría a ver ese rostro distinto, esa pieza nueva del rompecabezas incompleto que significa ser caraqueño. A partir de plaza Sucre se inauguró una realidad.

El desplazamiento en moto por una avenida implica una serie de convenciones más o menos universales para cualquier habitante de una ciudad. Sin entrar en particularidades, es cierto que la pandemia dejó como legado el irrespeto frontal a las señales de tránsito y al peatón, que es el más vulnerable en la cadena del ecosistema vial. Sin embargo, para entrar a la nueva realidad que te lleva a la plaza Pérez

Bonalde, hay que pensar de otra manera porque lo convencional sobra o no funciona.

Esa mañana fuimos en contravía por casi todas las calles. La destreza del mototaxista era pasmosa. Yo sólo veía obstáculos que se abalanzaban sobre nosotros, como en un videojuego, y que había que esquivar: motos, perros, productos apilados entre la acera y la calle, carretillas, vendedores, compradores y personas con pasos lentos.
El tipo de código que se maneja en esa zona no pude descifrarlo, pero queda claro que para llegar ahí necesitas ser otro.

El reducido espacio por donde circula la moto se convierte en una galería de objetos y personas que no deberían estar cerca de un vehículo en movimiento. A partir de allí, dejamos de rodar con cierta velocidad y empezamos a hacer pequeños avances, como si camináramos. La corneta servía para espantar a todos, así estuvieran en su derecho de utilizar la vía.

Nadie se veía contrariado por la intromisión del mototaxista. La gente se apartaba con naturalidad, no había caras de desagrado o de rechazo. Todos seguían con lo que estaban haciendo. Por esa reacción tan natural, supuse que lo que estaba pasando era tan cotidiano que estaba naturalizado.

Es probable que mi percepción sea similar a la de un peatón acostumbrado a caminar por Chacao, que pudiera sentirse abrumado al tratar de cruzar la avenida Sucre, a la altura de la estación del metro Agua Salud. Mi mirada es tan relativa como el movimiento, pero me pareció necesaria para conocer otros fragmentos de las realidades que transcurren mientras nos distraemos con las nuestras.

Publicado el 25/03/23

Desde un piso 21

Llevo varias tardes viendo el cielo desde un piso 21, en Plaza Venezuela. A veces me detengo en la ventana para fantasear. Imagino que ese mundo al que perteneceré cuando tome el ascensor y descienda, me es ajeno. Aquí, desde mi atalaya, veo la pequeñez de quienes se mueven de forma aleatoria sobre una mancha negra y lineal, a la que llamo calle, cuando estoy abajo.

En el paisaje predominan los carros, que trazan una línea punteada y que desde lo alto pareciera movilizarse siguiendo un patrón invisible. Cosa que sabemos que no ocurre. Aunque los ruidos llegan sin contexto, y sólo se escuchan cornetas, carros que aceleran y la voz de un vendedor de aguacates, la información es suficiente para saber que esta es una de las vías más transitadas de la ciudad.

Ese trajinar urbano, en este caso, no es de mi interés. Aprovecho

esta ventana para ver la cadena de edificios que irrumpe de manera poco armónica y desordena en la superficie de la montaña que tengo al frente. Podrían ser cohetes varados que nunca pudieron despegar.

Los trazos de verde, representados por las copas de los árboles, los matorrales y las áreas sin construcciones, se alternan con las moles de concreto. No es un panorama atractivo por ser tan cercano. Mi verdadero disfrute es mirar al horizonte y contemplar las ondulaciones grisáceas de las montañas más lejanas, que pudieran ser parte de una galaxia brumosa.

Este "privilegio" de contemplar el cielo, sin tantos obstáculos, permite hacer un juego visual con las formas de las nubes, que parecieran estar al alcance de la mano. También ser testigo de cómo se esconde el sol mientras clava rayos agonizantes en el relieve montañoso, como una última batalla antes de irse para volver.

Ver la ciudad desde lo alto otorga una grandeza fugaz. Eres el ojo que observa cómo se comporta su creación, a pesar de no haber hecho más nada que estar parado frente a una ventana en el piso 21. Estar aquí es una forma de sentir que tu parpadeo puede alterar esa locura de allá abajo.

Publicado el 14/04/23

La cara del bombero

Hace unos días me topé de frente con el estrés: tenía el rostro de un bombero. Esperaba a que una amiga me buscara en su carro un viernes en la noche. Mi máxima aspiración ese día, cuando se abre el portal de lo posible, era hablar un rato, tropezarme con gente reunida en un espacio pequeño y tomarme unas cervezas.

Cuando iba a su encuentro, escuché una sirena. Por segundos pensé en cómo esos cantos de criaturas cuya belleza hechizaba a los hombres, y los conducía a una muerte segura, se convirtieron en una señal de peligro, sin la seducción del encantamiento engañoso.

El ruido se hacía más intenso. A lo lejos se veía el camión de los Bomberos del Distrito Capital. Mientras estaba parada y miraba al frente, un hombre pasó corriendo por el medio de calle con zanca-

das desesperadas, como si quien huyera de un incendio fuera él. Tenía unas botas que se veían muy pesadas, una braga anaranjada puesta hasta la cintura y una franela blanca que en poco tiempo quedaría empapada de una mezcla de sudor y humo.
Minutos antes, un chamo bailaba *breakdance* en el mismo lugar donde ahora estaba el bombero, que movía sus manos como aspas de un molino fuera de control, que le pedía a los carros que aceleraran la marcha para que el camión de los bomberos pudiera avanzar hasta ese punto.

La adrenalina corría sin impedimentos por el torrente sanguíneo del bombero. Su cuerpo se veía electrizado y tenso. La expresión de su cara denotaba un nivel de angustia que pocas veces he visto. Me sentía espectadora de una catástrofe, que esa noche de viernes estaba reflejada en sus pupilas, de la que yo no era parte.

En medio de la escena, el camión se aproximó, se abrió una puerta y el bombero, de un salto, se subió y desapareció. Hasta ahora, había creído que mi trabajo incluía niveles de presión considerables, pero lo descarté casi de inmediato. La crispación que vi en ese rostro, que no era el de una de las víctimas, me hizo pensar en quienes deben mantener la lucidez en emergencias, incendios, desastres naturales y cualquier tipo de accidente de magnitud. Sus acciones, en esos momentos donde lo humano pareciera quedar arrasado, son precisamente la muestra de que algo humano, con cualidades sobrehumanas, persiste.

Hace unos años subía por San Jacinto y, mientras más avanzaba, se hacía más intenso un olor penetrante a cable quemado. A mitad de la cuadra estaba estacionado un carro de bomberos. El piso estaba

lleno de cenizas y las llamas habían sido sofocadas. El incendio había terminado.

Ajeno a todo, estaba un bombero fumando un cigarrillo, que apagó cuando pedí tomarle una foto. Su cara, llena de hollín, tenía una expresión de cansancio extremo. En frente de mí estaba un hombre agotado, con la soledad del héroe que regresa del viaje con la punta de la lanza rota, y que se va a un rincón a lamerse las heridas y a prepararse para la próxima batalla.

Publicado el 22/05/23

Maniquíes

Si pudiera agregar un oficio inventado en mi hoja de vida, pondría el de arqueóloga de maniquíes. Desde pequeña he sentido profunda fascinación por esas muñecas inmóviles, presas en una vitrina polvorienta, que son testigos mudos de una civilización que se extinguió.

Sobre sus cabezas suele estar una peluca anticuada y despeinada, que se asemeja más a un nido vacío que al peinado que alguien se haría en la actualidad. También, hay un desfile de flequillos imposibles, copetes de panal de abejas, rulos de la era de oro del cine mexicano y cortes de pelo que usaron nuestras abuelas como novedad.

Los vestidos, en su mayoría pasados de moda, tienen una presunción que habla de un brillo agónico que se empeña en lanzar sus

mejores destellos, como en otros tiempos. El maquillaje da cuenta de una estridencia cromática fuera de lugar y dramática en exceso, mientras que las manos, ausentes o mutiladas, suelen tener las uñas pintadas de rojo oscuro.

Los maniquíes están asociados a fetiches, al avance de la moda o a la idea de perfección inalcanzable. Sin embargo, el atractivo especial que les encuentro se relaciona con su anacronismo, con su capacidad de hablar sobre otra época sin emitir palabras.
En la vitrina de una tienda de vestidos de novia, en la avenida Urdaneta, aún persisten este tipo de maniquíes. En sus trajes abundan lentejuelas, canutillo, cortes en desuso y una gama de colores extemporáneos. Cada tanto paso por allí para tratar de encontrar nuevas señales del paso del tiempo, en esas figuras de fibra de vidrio con fisuras y partes faltantes.

Al observar estas muñecas se nota el paso del tiempo, por evidente que parezca. Cada vez más, somos testigos de cómo los objetos que hace décadas tenían una razón de ser van desapareciendo o son sustituidos por más pequeños y útiles. Ante nuestros ojos hay un desfile de elementos que ya no tienen sentido y que pronto no veremos fuera de un museo.

Los maniquíes de ahora son muchísimo más esquemáticos y no calcan la realidad. No tienen rostro, peluca, manos ni pies. Lo que importa es que la ropa sea exhibida, por lo que una fiel representación humana no es indispensable.

Las compras en línea acelerarán el proceso de desaparición de los modelos inanimados que, en un futuro no tan lejano, serán susti-

tuidos por imágenes creadas por inteligencia artificial o por hologramas. La presencia física de los objetos es cada vez menos importante en un mundo donde la realidad es menos tangible cada día.

Algún día pasaré en frente del viejo almacén de la avenida Urdaneta y las puertas estarán cerradas. Se desharán de los maniquíes, en un remate de mobiliario o en el basurero de la esquina. Tiempo después habrá personas trabajando en las refacciones y luego, un afiche anunciará que la tienda se convirtió en un lugar de comida rápida o de mercancía diversa.

Publicado el 01/06/23

El señor de los árboles

Lo llamo “El señor de los árboles” porque no sé su nombre. Hablar sobre su particular oficio en las primeras líneas de este escrito, haría que la historia se terminara muy pronto, por lo que optaré por contar desde el principio lo poco que sé.

En varias subidas a El Ávila, por San Bernardino vi a un hombre de edad indeterminada que reposaba sentado en una piedra, en mitad de la vía o en el tronco de algún árbol transformado en un banco. En todas las ocasiones estaba solo.

Siempre estaba absorto en la lectura de algún libro, en contemplar el atardecer, en cantar o en hablar en voz alta consigo mismo. No sabría decir cuántas tardes lo vi en alguna de esas actividades, con su sombrero de cogollo y un mono deportivo.

Este hombre era un enigma. No sabía gran cosa sobre él hasta que alguien me habló sobre lo que hacía en las mañanas, cuando también va a la montaña. Su faceta misteriosa se fue diluyendo y comenzó a dibujarse alguien preocupado por hacer cosas para el bien común.

Lo primero que supe es que, voluntariamente, cortaba la maleza de algunas zonas, donde en época de lluvias crece con profusión. Atravesamos un intenso verano y la chamiza arde con facilidad, por lo que su presencia suele ser una alerta.

Después me contaron que además del desmalezamiento, una inmensa tarea para un solo hombre, se encargaba, con algunos senderistas escogidos al azar, de mover los restos de árboles cortados o caídos en la época de lluvias.

Los pesados troncos los lleva hasta los sitios que se perfilan como miradores, para transformarlos en bancos artesanales. Allí no sólo se sienta él, lo hace quien necesite una pausa para respirar o para contemplar un rato el horizonte.

Algunas tardes juega dominó con los vecinos del bulevar cercano a la entrada del sector Gamboa. Allí es un ser anónimo, que levanta las piedras blancas, mientras posiblemente alguien esté sentado en un tronco, de los que arrastró hasta un claro en El Ávila, sin saber que es su obra.

BARES DE PIEDRA

No todos los bares de Caracas son iguales. Cada uno tiene su personalidad definida, más allá del mobiliario, la ubicación y la clientela.

Con los años, sus espacios van acumulando un algo intangible que los hace entrañables e irrepetibles.

La atmósfera general de esos lugares suele ser sombría y reflexiva, aunque haya música a todo volumen. La barra de una taguara es un espacio para sentirse en un pequeño islote sin la experiencia de multitud que ofrece estar en una mesa.

Los náufragos de la barra beben en silencio, se sumergen en sus propios pensamientos y hablan con el capitán o barman. Cuando otro solitario irrumpe en la superficie de madera, hay risas, nerviosismo, ojos vidriosos, peleas, complicidad o el inicio de una travesía a una isla donde sólo caben dos.

Posiblemente, los inmigrantes que llegaron a Venezuela hicieron una recreación de las antiguas tabernas de ciudades españolas, donde predominaban las construcciones de piedra. Y es que en Caracas, algunos bares caraqueños parecen la entrada a una gruta.

El predominio del gris y de la madera le dan un toque nostálgico a un ambiente que más bien debería ser festivo. Tal vez sea la corporeización de la melancolía que sintieron quienes abandonaron sus tierras en busca de oportunidades. Esa morriña se quedó impregnada en las paredes de la tasca, que según el idioma portugués es un establecimiento modesto donde se vende bebidas.

Aunque con nuestro clima tendría más sentido un espacio abierto y elaborado en un material liviano, la piedra le confiere esa reminiscencia universal de un origen del que no podemos escapar.


BCV